

El Ruedo



2
Ptas.



JOSE
VALENCIATO
946

El toro en el campo



El Ruedo

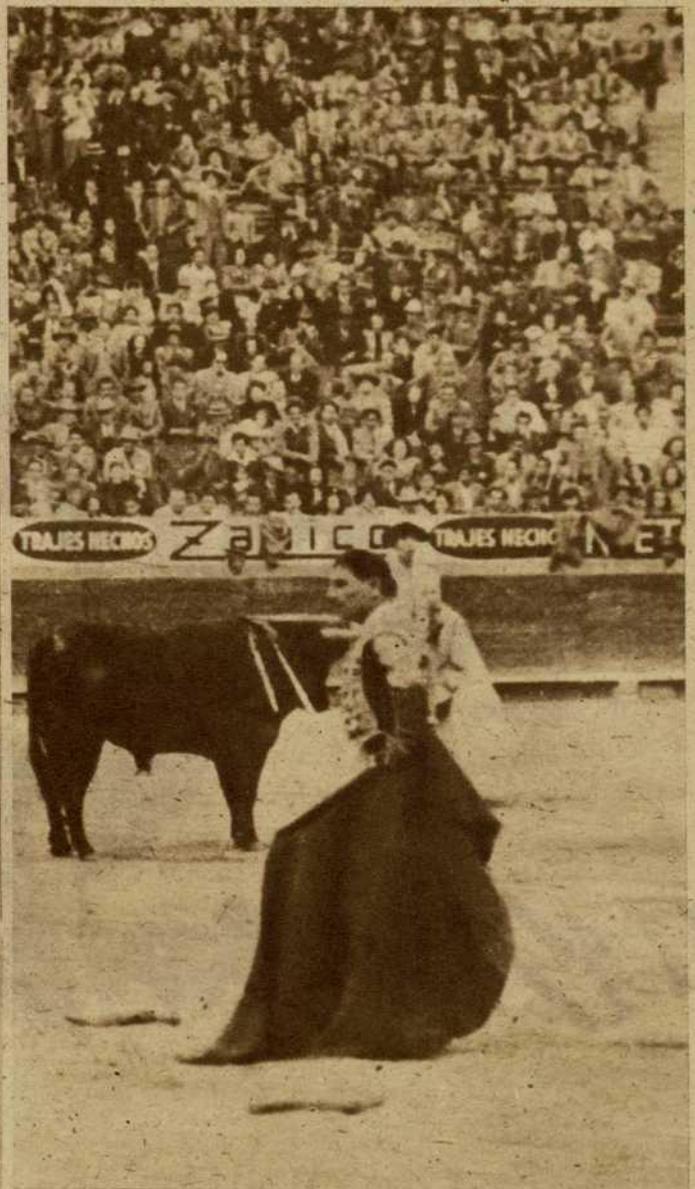
Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 13 de marzo de 1947 - N.º 142



SEGUN la nota que ha facilitado a la Prensa la Jefatura del Sindicato Nacional del Espectáculo, se da por definitiva la ruptura del convenio taurino hispano-mexicano. Sobran, entonces, ya los comentarios a unas gestiones fracasadas. Vale la pena, no obstante, apostillar ligeramente todo este último período de negociación, porque, más que por deber por justicia, creemos necesario fijar unos puntos de coincidencia con el organismo español que la ha tramitado.

En un plan de absoluto desapasionamiento, convengamos en que no es a nosotros, los españoles, a quienes compete la defensa de los intereses de los toreros mejicanos, por respetables que éstos sean. La última propuesta española — que publicamos en el número anterior de EL RUEDO — reunía la suficiente equidad para que fuera tomada en cuenta. A ella, la Unión de Matadores de Toros Mejicanos no ha respondido. ¿Cómo entablar negociaciones nuevas?

No. En este asunto, mientras más se han exacerbado las pasiones fuera de la Plaza, más claro se ha visto que el problema no es puramente «taurino». No es justo hablar de responsabilidades españolas, ni de unos, ni de otros. Para discurrir con buen orden hay que aceptar que todos — unos y otros — han procedido de buena fe. ¿Qué se le va, ni qué se le viene a Manolete, primerísima figura

Garza, desarmado por uno de los toros que lidió el día 23 de febrero, en Méjico, se disculpa con el público que le chillaba.

(Fotos «Cifra» y «Esto», exclusivas para EL RUEDO)

del toreo, que haya convenio o no, si en España va a torear cuanto desee, con el asenso y la expectación de las multitudes, y de todos cuantos toreros fueron contratados, es el que más veces ha actuado en la Monumental de Méjico? ¿Cómo negar que Juanito Belmonte, el presidente del grupo taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo, tiene, aparte su apellido, glorioso en la historia del toreo hispano, una personalidad y unas cicatrices? Estamos convencidos que toda esta boira se disipará. No pretendemos — cae fuera de nuestra idea — menospreciar la actuación de los diestros mejicanos; pero tampoco es mucho pedir que convengamos ellos en lo que España en la Fiesta de toros representa.

Defectos de información posibles, mediaciones de unos y de otros —, no siempre afortunadas; visiones parciales del problema, han podido determinar una ruptura que acaso no debiera haberse producido. Pero ante el hecho

concreto creemos firmemente que el buen sentido y la cordialidad entre los toreros españoles habrá de imponerse. No hay duda. ¡Cómo va a escapar este sector taurino, de generosidad y emoción sustanciales, a esta cerrada unidad con que los españoles, tan incomprendidos fuera de nuestras fronteras, defendemos cada día y cada hora nuestra manera de ser! El sector taurino menos que ningún otro, cuando la lucha en los ruedos, precisamente porque el riesgo es inminente, reúne mayor nobleza.

Apartemos declaraciones no siempre ponderadas, o acaso mal traducidas; desechemos «valentías» extemporáneas — que cada cuál tiene su alma en su «almario» — y pidamos a todos un sentido primario de causa común: la prosperidad y el prestigio de nuestra Fiesta nacional. ¿Vamos, de nuevo, a cometer la ingenuidad de hacer el juego a «elementos provocadores»?...

EMECE

AYER Y HOY

-Este es el que arregla todos los pleitos; el que quita «moños» y las moñas; el que coloca a cada cual en su sitio...



ANTONIO CASERO *

RUPTURA DEFINITIVA DEL CONVENIO HISPANO-MEJICANO

La conferencia de JUANITO BELMONTE

El pasado sábado pronunció su anunciada conferencia en el Club Taurino Madrileño el matador de toros y presidente del grupo taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo, Juanito Belmonte.

El objeto de la conferencia era, como se sabe, informar públicamente del desarrollo del llamado pleito mejicano, que tanto ha apasionado a la afición.

Los locales del Club estaban absolutamente ocupados por un público ávido de penetrar en las incidencias del convenio cuya ruptura se ha consumado.

El presidente honorario del Club, don José María de Cossío, dijo unas palabras preliminares para presentar al conferenciante y anunciar que la tribuna del Club está abierta a todas las opiniones, aunque en realidad lo que Belmonte iba a hacer no era exponer una opinión, sino dar cuenta de su actuación como presidente del grupo taurino.

Juanito Belmonte comenzó diciendo que la voluntad de sus compañeros le había llevado a un puesto de mando que tenía el aspecto desagradable de tener que enfrentarse por un deber inexcusable, en defensa de los intereses de los diestros españoles, a un grupo de matadores —los mejicanos— para los que tiene toda su amistad y consideración.

Expuso seguidamente el concepto romántico que antiguamente tenía la Fiesta de toros y el actual, eminentemente comercial, y a continuación hizo historia del pleito desde 1944 y expuso detalladamente toda su tramitación hasta el momento.

Cree que en este asunto no existe animadversión contra los toreros mejicanos, y se refiere a las gestiones del gerente de la Monumental de Méjico, don Antonio Algora; sus alegres promesas y las facilidades que encontró entre los diestros españoles, pese a que éstos no intervinieron en el arreglo del convenio, en el que, evidentemente, resultan perjudicados.

Como se produjeran algunas interrupciones, principalmente a cargo del banderillero de Arruza Fernando Gago, Belmonte aseguró que él había ido a la tribuna del Club Taurino a informar, pero no a entablar una polémica. Palabras que subrayó el señor Cossío, reiterando su ofrecimiento de que quienquiera que considerase conveniente utilizar la tribuna del Club para exponer sus puntos de vista, lo hiciese; pero que en tanto, debía respetarse la actitud del orador.

Juanito Belmonte continuó su charla, en la que hizo una exposición clara del tema, recalcando que en el peor de los casos, para los toreros mejicanos, éstos siempre conservarían un trato favorecido, como se demuestra por las bases que últimamente se enviaron a Méjico y que ya fueron publicadas por la Prensa.

Juanito Belmonte fué largamente aplaudido. José María de Cossío hizo el resumen del acto, y como en alguna interrupción alguien afirmase que no se habían tenido en cuenta las indicaciones de Manolete, Cossío lo desmintió y pidió para el diestro cordobés, como torero, un aplauso, que le otorgó largamente la concurrencia.

La sesión, que se desarrolló, como era de esperar, en un ambiente francamente españolista, como pensamiento del interés general de la afición, había resultado muy interesante.



Juanito Belmonte, durante la conferencia

bleciera sin menoscabo para ambas partes, venga en buena hora. Pero que no se pretenda olvidar que la Fiesta en España goza de más dilatado radio de acción, de mayor número de Plazas en funcionamiento y de una temporada más extensa.

Don Tomás Martín, presidente de la Peña Carñitas, afirmaba: «Los pleitos, a dirimirlos en los ruidos, y que los toreros sean los que eleven o rebajen los porcentajes, causa por lo visto del presente desacuerdo. Cuanto mayor sea la competencia y la emulación entre los toreros, tanto más se caldeará y fructificará la afición. Para conseguirlo, el medio más rápido es la libre contratación, y a ella me atengo.»

Otro de los que opinaban en plan de discrepancia era el señor Pardal, corresponsal de «El Redondel», de Méjico, y apoderado de Morenito de Talavera.

El señor Pardal nos dijo: «Yo todavía espero una solución satisfactoria que ponga fin a este estado de cosas, y creo que en ello puede influir Manolete ayudado por el interés de los aficionados mejicanos, a quienes no gustará que el convenio se rompa; y estimo viable la propuesta de quince corridas allá y otras quince aquí, porque tendría la ventaja de acabar con el tapón actual, por virtud del cual solamente sea un torero español el que pueda entrar en las Plazas de Méjico en una terna de matadores.»

Opino que los toreros españoles son necesarios en Méjico. Manolete, ahora, ha resucitado aquellos tiempos en que Gaoa y Sánchez Mejías, con su pugilato artístico, lograron encardecer a las masas.»

Juanito Belmonte, con don José María de Cossío, Vicente Pastor y otros concurrentes al acto, al acabar éste



UNAS DECLARACIONES DE ARRUZA

Carlos Arruza ha confirmado a un redactor del «Diario de Africa», de Tetuán, que no piensa hacerse súbdito español para poder torear en España:

«Soy hombre —dijo— que siente a España como el primero; pero como mejicano y como torero, precisamente por el mismo amor que siento hacia España, afirmo rotundamente que torearé en España siendo mejicano o bien que no torearé de ninguna manera. Después de lo que se ha mercantilizado la Fiesta, sólo faltaría que ahora llegásemos a mercantilizar la propia patria.»

A una pregunta del periodista, Arruza manifestó que estaba dispuesto a seguir la suerte de sus compatriotas toreros. «No entraré en ninguna excepción que quiera hacerse conmigo, si alguien lo intentase. Y conste que hablo nada más que por suposiciones.»

Interrogado cuál era su punto de vista sobre el actual pleito, expone su creencia de que hay un grupo determinado, insignificante por cierto, al que le interesa envenenar la cuestión, y es una pena que no pueda arreglarse. Contra estos intereses debería levantarse el verdadero, o sea el interés del público, único que tiene derecho a opinar sobre gustos y preferencias. Al no hacerse así, se lesionan sus intereses, y principalmente los de la Fiesta. Terminó su declaración con estas palabras: «Si ahora por torear me hiciese español, otro día me vería obligado a hacerme portugués o colombiano, y terminaría en China, y, francamente, no puedo hacer esto. Tengo muchos deseos de presentarme de nuevo ante el público español, del que tantas pruebas de afecto tengo recibidas y al que tantos lazos me unen; pero mejicano nací y mejicano moriré.»

DEFINITIVA RUPTURA DEL CONVENIO HISPANO-MEJICANO

La Jefatura del Sindicato Nacional del Espectáculo comunica lo siguiente:

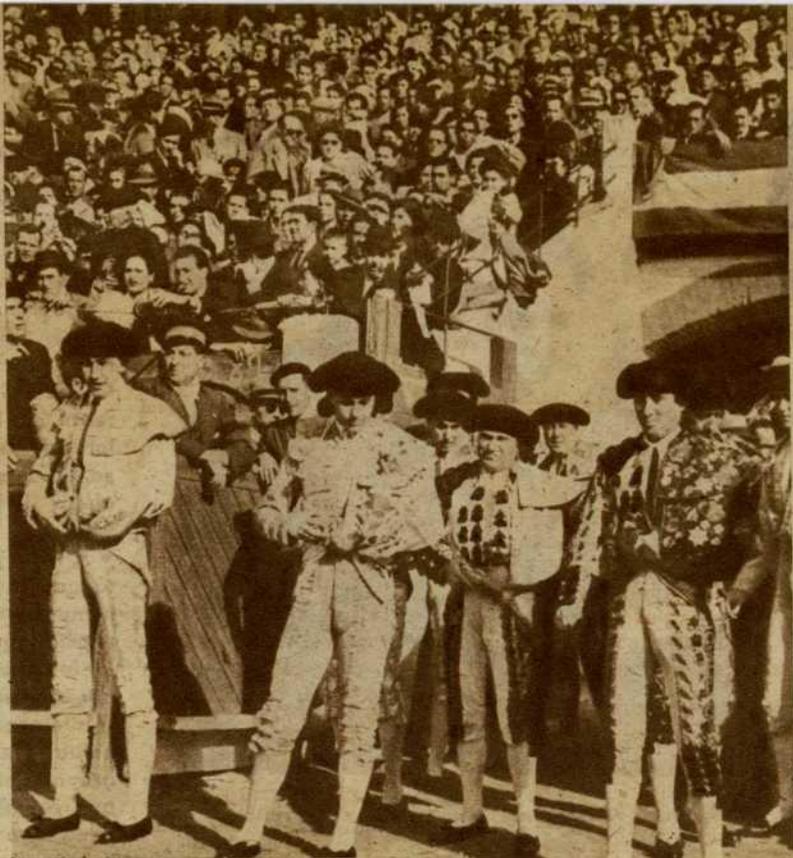
«El Sindicato Nacional del Espectáculo pone en conocimiento de los interesados, y del público en general, que, habiendo transcurrido con cuatro días de exceso el plazo señalado para recibir respuesta de la Unión de Matadores de Méjico a la última proposición enviada en los términos que se dieron a conocer por medio de la Prensa, dá por definitiva la ruptura del convenio hecha por la Unión Mejicana y declara terminadas las negociaciones.»

No podrán actuar los toreros mejicanos en corridas de toros, novilladas y festivales que se celebren en España, incluso las de carácter benéfico.»

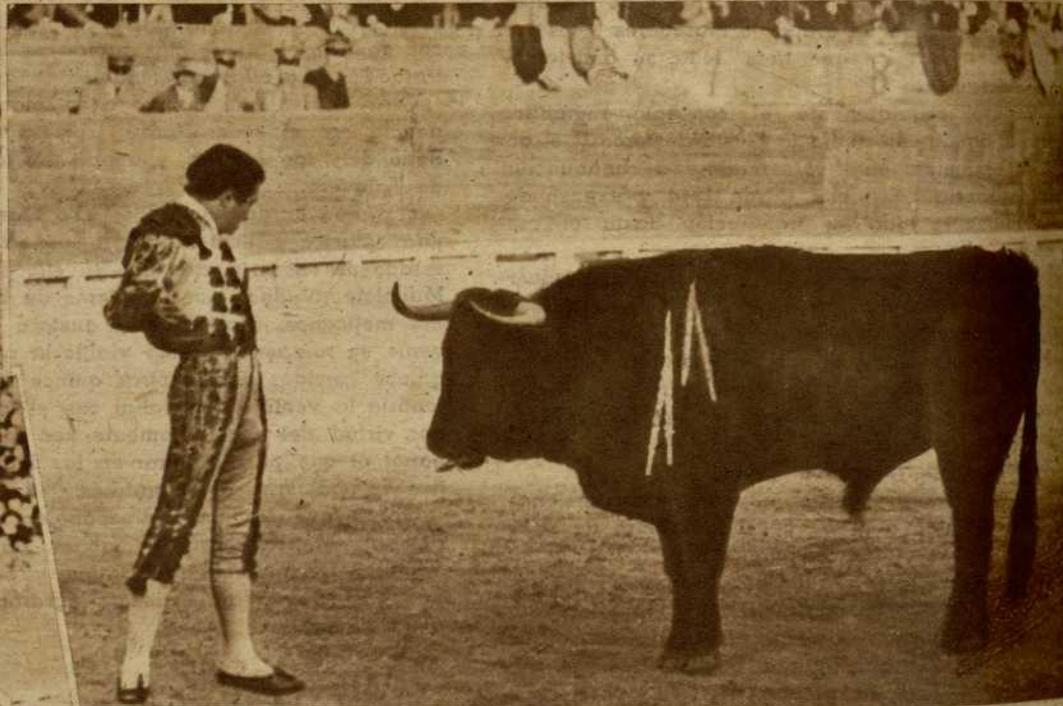
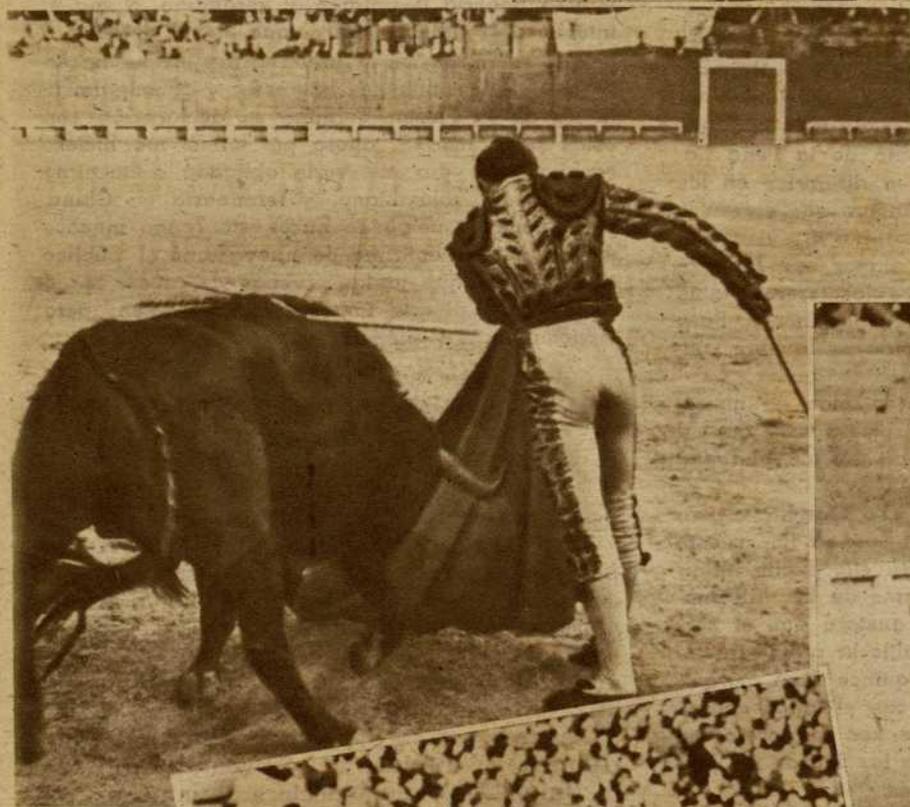
Al terminar escuchamos diversas opiniones: Don Mariano Ramos, presidente de la Peña Taurina Tetuán, decía: «Si el convenio se resta-

La primera corrida de toros del año se ha celebrado el domingo, día 9, en Castellón de la Plana

Ya salen las cuadrillas en la primera corrida de toros del año, que ha sido la de la Magdalena, en Castellón de la Plana. En esta primera fiesta del año, que llamaremos la del «pleito mejicano», los tres toreros españoles, valores jóvenes de la totería, divirtieron a la muchedumbre y se llevaron entre los tres ocho orejas. Además, la Plaza se llenó y abundaron los pases naturales con la izquierda. Bueno, dejemos ya eso del pleito o de la cuestión...



Pepín Martín Vázquez se lució en su primero lanzando de capa de la manera que recoge la foto



Hubo un momento en la faena de Pepín en que éste, en un desplante clásico, arrojó muleta y estoque y quedó inerte frente al de Guardiola

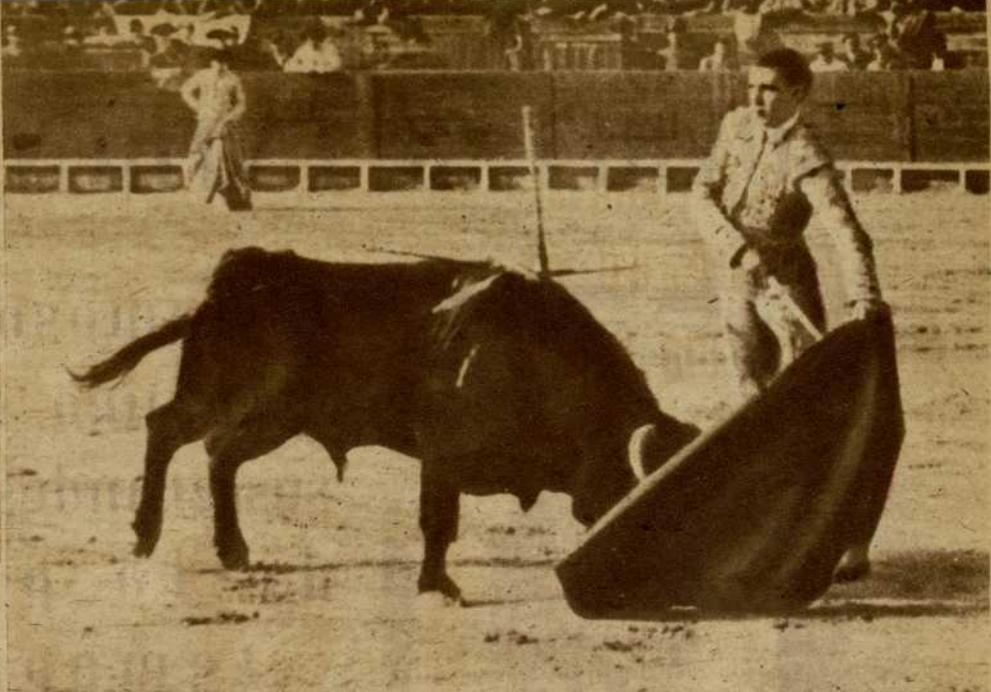
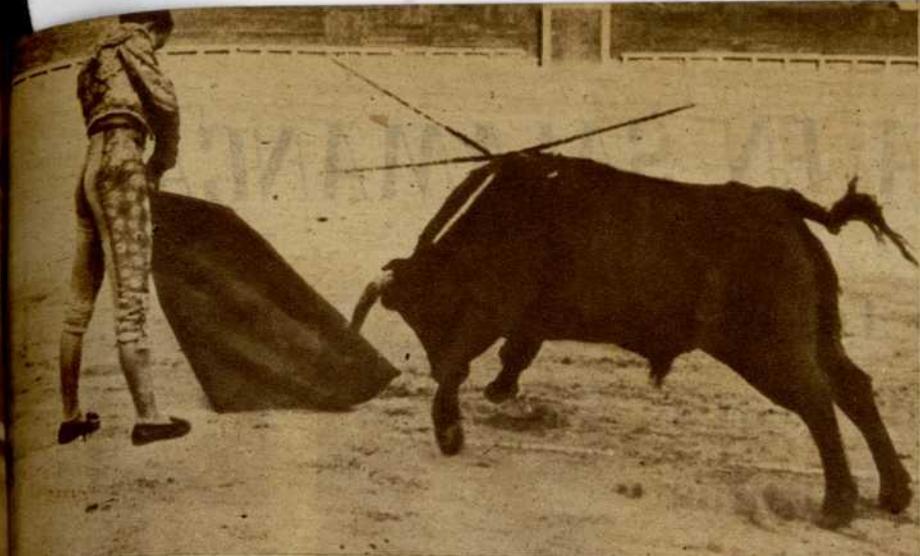
El mayor éxito lo alcanzó Pepín en su segundo toro, al cual le hizo una faena excelente, en la que destacaron los pases naturales con la izquierda rematados con el de pecho. Como aquí



Como la faena acabó bien, a Pepín le fueron concedidas las orejas de su enemigo, y agitándolas, dió la vuelta al ruedo



En la primera corrida del año se llenó la Plaza. Con pleito y sin pleito. Aquí aparecen, en una barrera, presenciándola, el almirante Bastarreche, los gobernadores civiles de Castellón de la Plana y Teruel y el señor Segarra



Parrita fué otro de los triunfadores. En el primero que toreó lo hizo al natural y con la izquierda. Citó desde largo y aguantó

Otros pases, también con la izquierda, los compuso mirando al tendido. Es un alarde innecesario, y además, no es bonito



Pepín Martín Vázquez, Parrita y Vito lidiaron toros de Guardiola; la Plaza se llenó y los matadores triunfaron

Parrita brinda su segundo toro a la Peña que lleva su nombre



Parrita, a quien le concedieron orejas en sus dos toros, pasea por el ruedo, después de ser arrastrado su segundo, en unión del representante del ganadero. Eso que lleva en la mano derecha no es un bastón. Es un cigarro puro — así como suena — que le arrojó, con su faja y todo, un entusiasta

Vito destacó especialmente en el tercero de la tarde, al que toreó de capa con mucho temple y gracia sevillana

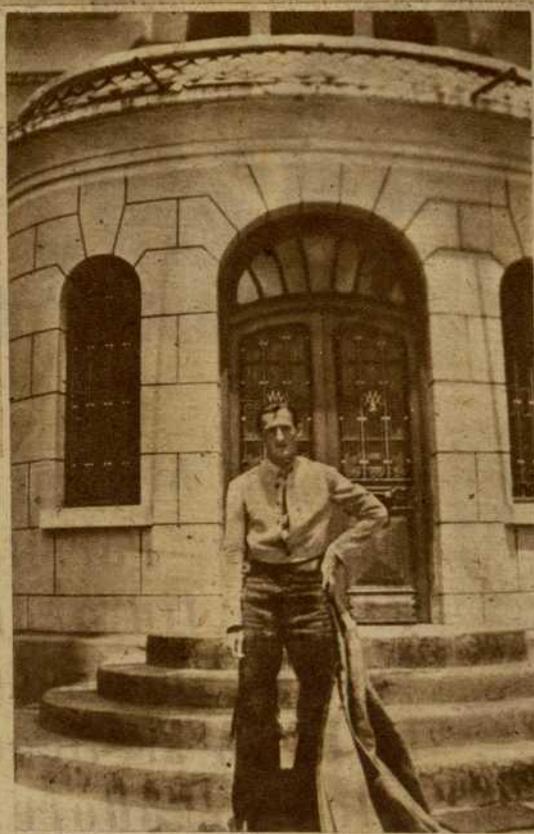


También con la muleta prodigó el natural con la izquierda



Y como Pepín Martín Vázquez y Parrita, logró que le concediesen la oreja. Los toros, de los que, a excepción del primero y del sexto, fueron muy bravos, pesaron, respectivamente, 182, 192, 209, 215, 230, y 193,5 kilos (Fotos Vidal)

ROVIRA SE ENTRENA EN SALAMANCA



Rovira

El pasado sábado, Raúl Ochoa, Rovira, me dijo:

—Esta tarde salgo para Salamanca. ¿Quiere usted venir?

No hace falta que diga que acepté. Por una parte, el atractivo del viaje no era pequeño, y por otra, el interés de ver torear a Rovira en el campo justificaba suficientemente el viaje. Hay que tener en cuenta que Rovira tiene una personalidad indudable. No sólo el periodista está pendiente de él..., es el aficionado el que realmente está pendiente de Rovira. No hace mucho que el diestro argentino llegó a España, y desde su llegada todos hemos vivido un poco sujetos a él. El aficionado, ese hombre sin complicaciones, que admiró a Rovira la pasada temporada, que conoció sus éxitos de estrépito, es lógico que ahora quiera saber de él. Todos se preguntan si Rovira seguirá con el empuje de ayer. Si seguirá siendo el torero más interesante, el que más orejas corte y el que más veces salga de las Plazas en hombros. El aficionado, como hemos dicho, quiere saber todo esto. Su largo viaje por América, al margen de los tentaderos, ¿no le habrá restado posibilidades, o, por el contrario, ahora, con el toro español —concedor mejor de su estilo y condiciones que cuando empezó—, está en mejores condiciones para triunfar? Todas estas preguntas el periodista tenía que contestarlas. Y nada mejor para el caso que unirse a Rovira en su viaje a Salamanca.

Hoy puedo contestar a los aficionados. Tres días en el campo me han permitido ver torear a Raúl Ochoa, Rovira. Pero no quiero hablar con mis palabras. He preferido recoger el comentario de un prestigioso ganadero, porque este comentario refleja con exactitud lo que yo por mi cuenta podría decir.

La escena se desarrolló en la finca de este ganadero. En el ruedo de la placita, Rovira estaba toreando superiormente. La vaca, embobada en el engaño, pasaba una y otra vez. Y entonces el ganadero levantó un poco la voz y dijo:

—Como he visto torear esta vaca a Rovira, muy pocos lo han hecho... ¡Qué «puesto» está Rovira!

Y era verdad. Raúl Ochoa, Rovira, había

El famoso torero argentino superará sus grandes triunfos de la pasada temporada

toreado superiormente. Nadie diría que el famoso torero argentino había estado sin torear tanto tiempo. Estaba puesto, como dicen los aficionados buenos. Su toreo era más hondo, más hecho: Rovira, lo vimos bien claramente, estaba más adaptado a las condiciones de nuestro ganado. Y ahora pienso que si Rovira triunfó la pasada temporada, en esta sus éxitos pueden y deben ser definitivos. Para valorar la posición de Rovira en la Fiesta, hay que tener en cuenta estas cosas. Lo que Rovira hizo la temporada pasada fué algo tan difícil que muy pocos podrán repetirlo. Y si entonces lo hizo, no creo que sea pecar de optimista si afirmamos que en estos momentos Raúl Ochoa, Rovira, está en posesión de todos los resortes que conducen al triunfo. Lo he visto en Salamanca. Tres días de campo con Rovira me han bastado para ver —como dijo el ganadero— que el torero argentino está más «puesto», más hecho, más torero.

Así se lo dije a él.

—Para usted, Rovira, esta temporada es mucho más fácil.

—¿Por qué?

—Porque hoy tiene algo que no poseía cuando



Una magnífica fotografía, en la que vemos a Raúl Ochoa, Rovira



El famoso torero argentino se retrata con el ganadero en una de las fiestas celebradas en su honor, en una de las principales fincas de Méjico

debutó, con éxito clamoroso, en Barcelona. Es decir, hoy está usted adaptado a nuestro medio ambiente, conoce nuestros gustos, y el toro español no constituye para usted ningún secreto.

Rovira, riéndose, me contestó:

—Pues yo creo, por esto mismo que acaba usted de decirme, que la temporada para mí es mucho más difícil. Antes me esperaban como novedad, y ahora... tengo que refrendar ante los públicos lo que hice entonces. Mejor dicho, tengo que mejorar lo pasado.

—¿Y esto le preocupa?

—Sí...; pero, por otra parte, me agrada que esto suceda así, porque en el toreo el estímulo, la necesidad de llegar a más, es lo principal. Yo quiero que esta temporada sea mi temporada..., la que he soñado, que es tanto como decir la que quiero hacer, si tengo un poco de suerte.

—¿Piensa estar muchos días por Salamanca?

—Sí. En Salamanca estaré hasta que mi apoderado, don Carlos Cuadrado, me diga que tengo que torear.

—¿Que será pronto?

—Eso creo. Mientras llegue la hora de vestirme de luces estaré en Salamanca y torearé todo cuanto pueda. El torear mucho nunca está de más, ¿no le parece?

Ahora, de vuelta de Salamanca, he puesto en limpio mis cuartillas. Y puedo contestar —a los aficionados que me preguntaban si Rovira seguirá siendo el torero triunfador— con conocimiento de causa.

Raúl Ochoa, Rovira, está mejor... Rovira, esta temporada, no sólo revalidará sus triunfos de la pasada, sino que los mejorará.

Puedo afirmarlo, porque yo le he visto torear en Salamanca como no había visto torear hace mucho tiempo.

Rovira responderá cumplidamente a la enorme expectación con que le aguardan todos los públicos.

Rovira va a ser el torero de todas las ferias y de todos los carteles.

ANTONIO DEL MAR

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



PODREMOS estar seguros de esa idea, a la que todos nos habíamos afe-rrado ilusiona-damente, de que este año saldrá el TO-RO? Se decía, y se dice, que casi todas las ganaderías tie-nen reses del año pasado; que como con-secuencia de las bellísimas lluvias, los pas-

tos serían abundantes y buenos los piensos, y que todo ello era garantía de una buena presentación del ganado...

Pero se ha abierto el primer chiquero para espectáculo mayor en Castellón de la Plana, y cuando hemos buscado con ayu-da la reseña de la Fiesta y llegado a la última y expresiva línea, nos hemos en-contrado con los siguientes pesos de los toros: 192, 224, 211, 238, 221 y 206 kilos, respectivamente. Es decir, doscientos quince kilos de promedio. ¡Eso no está bien, señor Guardiola!

La sección habitual en años anteriores de ganaderos multados se ha inaugurado también, y el temor y la duda abren su brecha en el optimismo de los aficionados. Quince kilos, cuando la mínima aspiración pedía los cincuenta, son muy pocos kilos. Claro es que un caso, aunque se haya pro-ducido en la ocasión tan destacada y tan destacable de la primera corrida del año, es poco, y no es cosa de tomarlo dema-siado en cuenta; pero bueno y sano es anotar entre tanto llegan aconteci-mientos más solemnes, como las Fallas valencianas, en las que ganaderías tan acreditadas como Galache, Murube y Nú-ñez van a presentar sus productos, en tre corridas organizadas ya en serie, en capital de indiscutible importancia taurina.

Madrid lanza su primer cartel para el próximo domingo, con el solo acierto de aprovechar la primera coyuntura prima-veral del año. Poco acierto en verdad, porque fiado al sol y a la temperatura, el éxito de un espectáculo fácilmente puede convertirse en un fracaso. Un cha-parrón, unas nubes o un leve descenso de la temperatura pueden producir en las taquillas y en la Plaza un espectáculo desolador.

No, no es ése el camino. Cuando el pú-blico está ya metido en las Plazas —me-tido en harina—, pueden organizarse es-pectáculos de relleno; pero hay que bus-car siempre, sobre todo para empezar, los alicientes necesarios para obtener el éxito *contra viento y marea*, sin fiar única-mente en los agentes atmosféricos.

Me constan los baldíos esfuerzos que la Empresa de la Plaza de las Ventas ha realizado para ofrecer un abono en el mes de abril, y ya que no lo ha conseguido, los que realiza para organizar sus prime-ras corridas de toros. Le deseo, en bien de todos, que salga airosa de su empeño, por encima de todas las dificultades que a última hora amenazan a la tempora-da; pero le pido un mínimo rigor en la organización de espectáculos menores. Anunciar el primero con tres nombres sin arraigo en la memoria del público y con la *vaguedad*, en cuanto al ganado, de «novillos de Salamanca», es precipitarse al fracaso, es como tirarse de cabeza al mar sin idea de la natación... En fin, no quiero insistir más. Me parece bastante con lo que el domingo digan o puedan decir los acontecimientos, que deseo propicios.

Y como empecé registrando el hecho de que en la primera corrida celebrada en Castellón no había salido el TORO con el mínimo peso reglamentario, voy a ter-minar con un ruego reiteradísimo en esta sección que, por cierto, está en marcha en Méjico. Que se den los pesos de los toros antes de celebrarse las corridas corres-pondientes. No es tan difícil, y es bastante práctico para la calificación de las faenas que después se ven.

CHARLAS BAJO LA GIRALDA

Don Antonio García Ramos, presidente de la Diputación de Huelva y procurador en Cortes, tiene 400 libros de toros

«La Fiesta sólo necesita una cosa: que se haga cumplir el Reglamento»

HE aquí un aficionado con historia y con verdadero fervor hacia la Fiesta. Don Antonio García Ramos, presidente de la Diputación de Huelva, procurador en Cortes y presidente de la Sociedad Colombina, posee, en su casa de la vieja Onuba, una de las más importantes bibliotecas taurinas de España. De cada viaje, el señor García Ramos guarda un libro, un cartel, una curiosidad. Todo ello pasa al archivo particular de este simpá-tico, culto y elegante escritor, figura eminentísima en su pro-vincia y miembro muy destacado de la Escuela Americanista de La Rábida.

—¿Cuántos volúmenes posee su biblioteca?—preguntamos al señor García Ramos.

—En esto de las bibliotecas taurinas —nos contesta sonrien-te— hay mucha fantasía. Todos los guardadores de obras sobre temas taurinos aseguran poseer el triple de los libros que guar-dan. Hay, como es lógico, algunas excepciones, y —perdóneme esta licencia, es la única que voy a permitirme— la mía es una. Tengo casi cuatrocientos volúmenes; pero los tengo de verdad. Alguien sabrá por qué es esto. Libros comprobables, visibles a toda hora.

Preguntamos al señor García Ramos por los libros más inter-santes que tie-ne, y va dicién-donos:

—Tengo la edición princi-pal de la «Tau-romaquia» de Pepe Hillo; el «Romancero de ciego de la cogida y muer-te de José Del-gado», obsequio de Cossio; la «Tauromaquia» de Paquiro, en su primera edición, y muchí-simos más. Ser-ría intermina-ble la selección.

Como el ilustre presidente de la Colombina es también escritor taurino, le interrogamos acerca de la crítica taurina. Su opinión, muy justamente razonada por cierto, es así:

—La crítica taurina debe cumplir la tarea de enseñar al público, de educarle taurinamente, para que sepa ver la Fiesta con más acierto.

Y como hemos entrado en un terreno puro y estrictamente torero ya, preguntamos al señor García Ramos qué opina sobre el estado actual de los toros y acerca de la crisis actual. Nos dice:

—Creo que con aplicar sencillamente, clara-mente, el Reglamento oficial que rige, quedaría todo resuelto. Salvo lo referente al peso y las pu-yas (únicos puntos que admitirían, tal vez, cier-tas modificaciones), el resto del Reglamento debe aplicarse en toda su extensión e intensidad. El Reglamento prohíbe torear a los peones a dos manos, y se torea así. Prohíbe permanecer a los toreros a la derecha del caballo mientras dura la suerte, y se está. Ordena que a los toros que no toman las varas se les foguee, y apenas si se hace. Se establece la edad del toro, y salen cuan-do parece a los organizadores. Y como no se cum-ple el Reglamento, todo lo que se hable de me-jorar el espectáculo taurino, es tarea inútil.

Ocurre entonces —nos dice el señor García Ra-mos— que la Fiesta desciende, y surge ese «pase mirando al tendido», que debiera prohibirse, y tantas cosas más...

—¿Qué opina, señor García Ramos, de la ga-nadería?

En una sola frase nos lo ha definido:

—Una parte de los ganaderos son tratantes de carne brava. Ni tienen afición ni quieren exigirse. El negocio consiste en vender pronto, todo y al mejor precio. De la lucha del toro, de la lidia que dé, etc., nada se habla. ¿Para qué, después de todo?

Yo fui —dice ahora— *joselista*, primero, y *landista*, luego. Creo que han sido los dos lidiadores que mejor interpretaban mis gustos por el torero lidiador, largo, práctico, que puede con todos los toros.

—¿Qué opina de los toreros actuales?

Ahora se detiene unos instantes. Parece reflec-xionar, como si estuviese valorando los nombres que va a decir, y apuntamos:

—Ortega, Manolete, Arruza, Pepe Luis y el



Don Antonio García Ramos

Don Antonio García Ramos, pro-cu-rador en Cortes, con nuestro redac-tor Paco Montero, don Vicente Ro-dríguez Casado y el director de la Escuela Americanista, pasean frente a la Universidad (Fotos Arenas)



El señor García Ramos lancea una becerra en la fiesta de los señores Lancha, en el campo de Huelva

Andaluz. Son, para mí, los toreros que llenarán esta época. La ciencia, el arte hondo, el valor, la gracia y el clasicismo. Toda la fiesta torera, en suma; todo lo que puede pedirse. Nadie ha toreado con el capote tan profunda-mente como lo hace Andaluz...

Seguimos nuestra charla con el señor García Ramos. Caminamos ahora cerca del río, desbor-dado, camino del puente de Tablada. Nos acompaña en este grato paseo don Vicente Ro-dríguez Casado, director de la Escuela de Es-tudios Hispanoamericanos y catedrático de la Universidad. Vamos haciendo una interpreta-ción literaria de la Fiesta en todas sus facetas.

—¿Qué opina de la novillería?—volvemos a cortar ahora el silencio de nuestro amable y efusivo entrevistado. Y responde:

—Debe protegerse. Darle más sitio. Creo que los novilleros de este año son Juanito Bien-venida y Cardenio...

Y dejamos la charla.

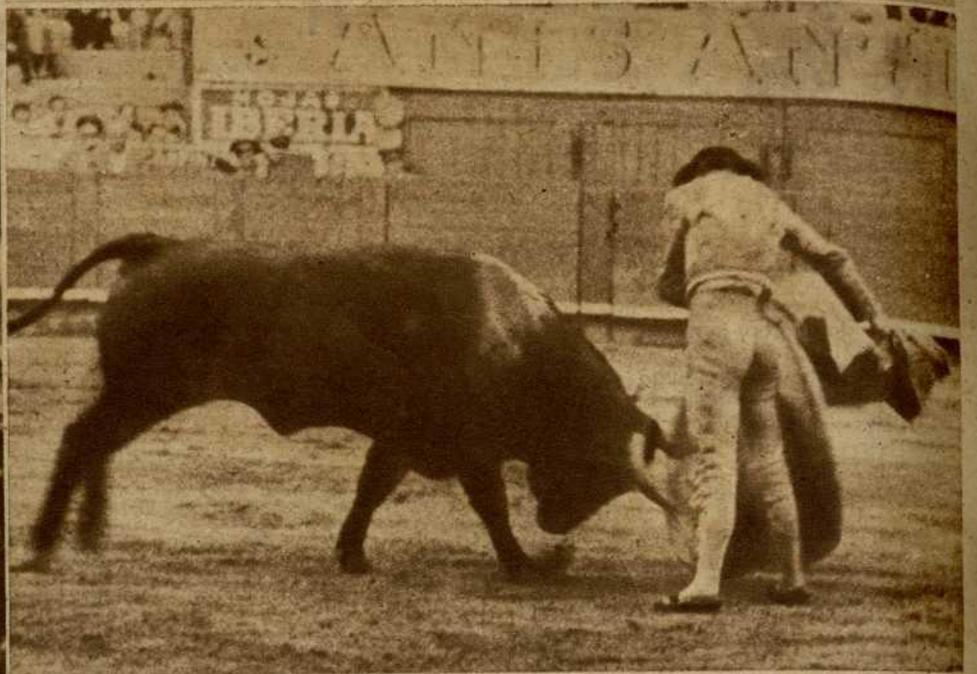
—Que conste, pues, que son casi cuatrocientos libros. ¿Verdad, Colombi y K-Hito?

Con esta frase se nos despide don Antonio García Ramos.

P. MONTERO



EL PRIMER TRIUNFO DE LA TEMPORADA LO ALCANZA EL VITO EN CASTELLON



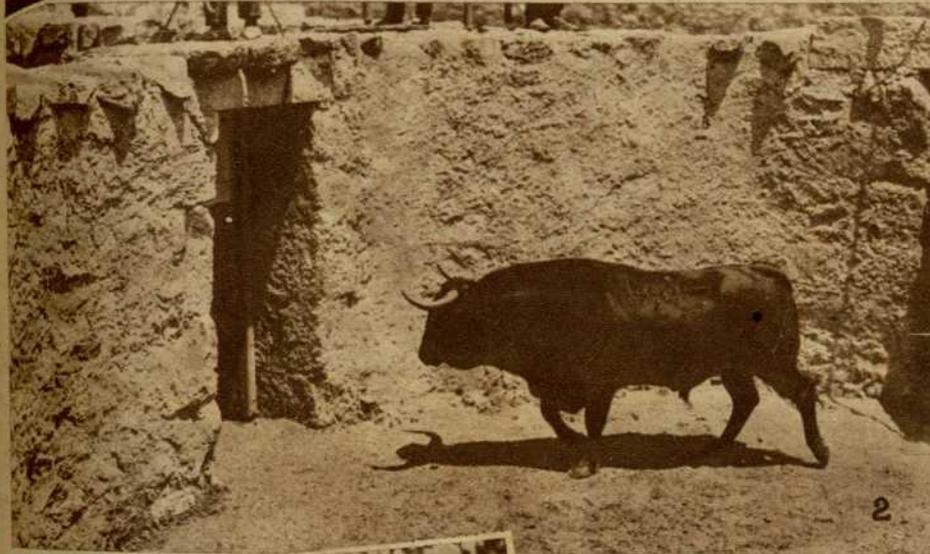
Tres momentos gráficos del arte de Julio Pérez VITO, en la primera corrida del año en Castellón. Cortó orejas y rabos alcanzando el triunfo más clamoroso



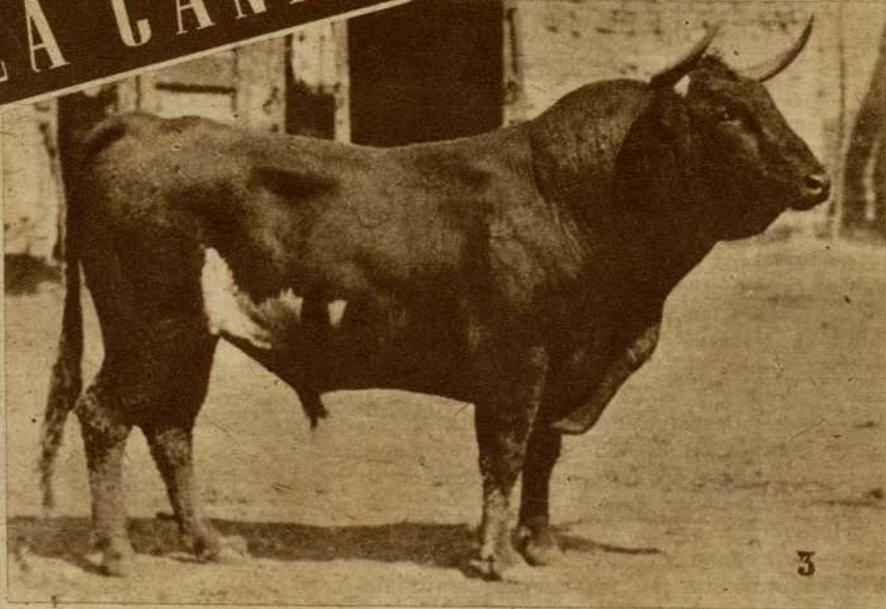
Dóviles y tranquilos en el campo, déjanse admirar los toros su trapío

DEL VERDE PRADO A LA CANDENTE ARENA

Engallado, retador, desafía en los corrales...



2



3

Tranquilidad y nobleza tornadas en desconfianza y duda en el encerradero

te sitio: los de «estribo», a ambos costados del caballo, y la «tropa», formando un conjunto, detrás de la cola de aquél.

Apartados los toros y bien «arropados» por los bueyes, iniciará la conducción su marcha por veredas y cañadas en dirección al encerradero más próximo, desde donde los nobles bichos, una vez prisioneros en estrecha jaula, serán colocados sobre la plataforma del vagón o camioneta para transportarlos a la Plaza en la que irremisiblemente morirán.

Su gallardía y arrogancia, su docilidad y valentía, así como el ímpetu salvaje de sus acometidas, hicieron de este animal la fiera más bella y hermosa a la que «siempre se admira y siempre se teme». La ciega valentía que le hace arremeter contra lo que le molesta o irrita; la facilidad con que muda de objetivo, tan pronto como otro le llama la atención; la nobleza y sencillez de sus instintos y costumbres, y el embestir siempre de frente, dando la cara, sirviendo para que el hombre, estudiando todas estas condiciones, ideara reglas, más o menos fijas, para burlarle, y en las cuales se basó el arte de torear.

Ved al toro en el campo: dócil, pacífico, tranquilo, muévase pausadamente en el «rodeo» dejándose mansamente examinar sus hechuras y trapío, sin sospechar el fin a que se le destina. (Foto 1.)

La tranquilidad y nobleza tórnase, sin embargo, en desconfianza y duda, cuando en el encerradero, al pasar de corral a corral, ve cerrarse una tras otra las puertas que en vez de devolverle la libertad le conducen a estrecha jaula en la que queda prisionero... (Foto 2.)

Miradle ya en los corrales de la Plaza: engallado, retador, desafía con la mirada, irguiendo el robusto y prominente morrillo y la testa acarneada, de la que sobresalen los cuernos finos, tersos, puntiagudos, que constituyen su defensa natural. (Foto 3.)

Por fin, cualquier tarde de sol, tras nuevo y breve encierro, saldrá a la arena, ciego de coraje, repleto de bravura... pero cansino, burlado y herido, una postrer estocada en la cerviz hará que sus energías se extingan para siempre...

¡Triste sino el del toro de lidia!

AREVA

bullidor, se aprestan animosos al combate empuñando de nuevo las armas de su profesión, cometido o negocio.

Pasó el invierno, triste, monótono, desgarrando día a día el tedio y la ociosidad que en esta época del año suelen apoderarse de cuantos, directa o indirectamente, colaboran en la fiesta de toros.

También en la dehesa de achaparradas encinas y retorcidos fresnos, en el monte arisco y en el jugoso prado que empiezan a verdear, la mayoría de sus bravos habitantes sintieron el letargo de los meses invernales. Y hasta el melancólico sonido de las zumbas o cencerros resultó pausada e intermitente. Casi todo, en general, fué quietud y sosiego.

Personal y animales disfrutaron de relativa tranquilidad; mas de aquí en adelante empezará su trajín en incesante ir y venir de aquí para allá.

Mayorales y vaqueros desecharán la mugrienta y descolorida zamarra, sustituyéndola por el flamante atuendo —altos botos, pantalón de talle, guayabera y sombrero de ala ancha— recién desempolvado; los toros, con las primeras hierbas y el sol que requema su sangre, se esponjarán y ensancharán, mudando poco a poco el áspero y mate pelo del invierno por el suave y reluciente de la primavera; los sagaces bueyes, anquilosadas sus extremidades a fuer de largo reposo, torpes y perezosos al principio, recobrarán enseguida su ligereza habitual...

Y un buen día, todo listo, el amo dispondrá la salida del cerrado: ¡Pies de liebre! ¡Trajinerol! ¡Golondrino!

Y a la recia voz del mayoral acudirán los cabestros —sumisos, obedientes— al lugar de la llamada, ocupando cada animal su correspondien-



...pero cansino, burlado y herido...

SE acerca a posos forzados el comienzo de la temporada, y, al salir estas líneas a la luz, las estridentes notas de relucientes clarines estarán a punto de rasgar el cielo de Valencia, anunciando a España entera la solemne apertura del curso taurino.

Los diversos elementos integrantes del espectáculo, de ese mundillo heterogéneo, atractivo y

ESTAMPA MARISMEÑA

TOROS que se lleva el RÍO...

VEINTICINCO reses de la ganadería brava de Escobar se ha llevado el Guadalquivir. Veinticinco toros bravos que, convertidos en monstruos de vientres hidrónicos, han ido a saltar la «barra» —la barrera de hirvientes espumas— por la que el río se entrega a la muerte del mar.

Son muchas las veces que el Guadalquivir, como una divinidad bárbara, exige a la marisma ese tributo bovino.

Es como el cumplimiento de un rito ancestral. El toro bebe en el río. Agua que se hace la mejor sangre brava de la Bética. El toro se mira en el río. Espejo que, bajo el cielo azul y el sol radiante, tiene temblores mercuriales. El Guadalquivir es galón de plata que festonea la marisma.

Pero cuando el cielo se pone cárdeno de nubes hinchadas y la lluvia cae de ellas en frenética y terca descarga de días y días, el Guadalquivir se hace de líquido acero. Corta los juncos de la orilla, y dividido en cien cuchillos, se mete marisma adentro.

Embravecido, busca al toro que le bebió bravura y le troncha los corvejones y lo derriba, y se lo lleva para dar con sus cuernos la última embestida al mar...

La marisma está sombría. Bajo el llanto inacabable del cielo parecen llorar las ramas de los álamos y los acebuches, los puñales verdes de las pitas y las hojas de los eucaliptos.

En los ejidos y en las dehesas, los cencerros y campanillas del ganado pierden en el aire húmedo su vibración alegre y tienen un son de funeral.

¡Hace ya muchos días que llueve sobre la tierra llana!

El cielo «se viene encima». Parece tan bajo, que cuando desde la azoteilla de un caserío cortijero de la Isla Mayor se mira a lo lejos, hacia donde el río corre a su desembocadura, se diría que las nubes negras van rodando como toneles sobre el suelo encharcado de la marisma. La marisma, que es toda ella un lago. Un lago de fluido acero sucio, sin brillo, que riza un viento salobre y frío.

Ya presintieron la riada —aun antes que conocedores y vaqueros— los toros bravos que pueblan las marismas. De noche y en invierno, los toros no mugen, a no ser que algo extraño los sobreviente.

Y, sin embargo, los toros han mugido, en coro espantable, durante varias noches, como transmitiéndose una señal de alarma, de una a otra dehesa..., desde los aldeaños de Coria y de La Puebla al extremo de la Isla mínima...

Lluevia tozudamente. Los toros de la marisma están acostumbrados al agua. La marisma, salvo en los meses caniculares, cuando un sol bárbaro socarra las praderas y carga el aire de las esencias de las hierbas aromáticas casi calcinadas, está llena de charcos, de rebajos fangosos, viscosos, en los que los toros hunden sus finas pezuñas...

Pero ahora los animales, con su prodigioso instinto, «presintieron» la riada antes de que el alcalde de Peñafiel telefonease a Sevilla que el Guadalquivir se había salido de madre...

Las marismas eran ya un piélagos... Pero mientras el río no se desbordara no había peligro cierto...

A media tarde llegó a Puebla del Río, a Gelves, a Coria, la noticia de que al Guadalquivir se le habían, al fin, «hinchado las narices...», y la noticia, llevada por jinetes alarmados, cundió de un extremo a otro de las marismas...



¡Había que salvar el ganado!... Los habitantes de las dehesas de las Islas se habían puesto a buen recaudo en los pueblitos ribereños. Y cientos, acaso miles, de cabezas bovinas, guardadas, protegidas por los caballistas y las paradas de cabestros, emprendieron el éxodo... Caminando por las «veredas de carne», hundiéndose hasta las jarretas en los caminos fangosos, inundados; trepando por un terreno que se les deslizaba bajo las pezuñas, centenares, millares de reses bravas —ahora sumisas, abrumadas bajo el azote implacable de la lluvia— llegaron a las dehesas boyales de Puebla y de Coria...

Allí estaban a salvo de la inundación, que por momentos iba convirtiendo la marisma en un mar de olas sucias color marrón, coronadas de espumas rabiosas, que arrastraban animales, ramajes, techumbres de chozas, animales muertos...

Vimos, desde la azoteilla de «la casa del amo», en el cortijo, situado en un alto, a salvo de la inundación, el espectáculo maravilloso...

Un toro, un magnífico toro bravo, de piel fina, lustrosa bajo la lluvia, de ancho testuz, los cuernos «acaramelados», los ojos grandes y encendidos, el morrillo abultado, los lomos rectos y la

cola fina, se había quedado solo, rezagado, en un alcor, en un pequeño altozano que era apenas una leve ondulación del terreno... No había querido seguir a caballistas ni a cabestros, que intentaron ponerlo en salvo. Y allí se había quedado el rebelde, solo, en aquel pequeño montículo, que ya lamían y amenazaban las aguas enrespadas...

Solo, «encampanado», como desafiando a todas las cóleras de la Naturaleza, a la Fatalidad, a la Muerte...

Y el agua, rugiente, llegó de modo inexorable hasta él...

Y cuando ya se veía totalmente acosado, cuando no tenía posible salvación, el toro, en el escaso pedazo de tierra fangosa que aun tenía por suyo, alcanzó las pezuñas, agachó la cabeza y se lanzó fieramente contra las aguas que rugían, en suprema embestida...

Y las aguas se lo tragaron...

Otro rito cumplido...

Era el toro, el totem ibérico, el símbolo de la más noble fuerza, de la lucha, de la rebeldía viril, que no se entrega ni a la fatalidad; que antes de someterse al vencimiento, prefiere morir acometiendo y peleando...

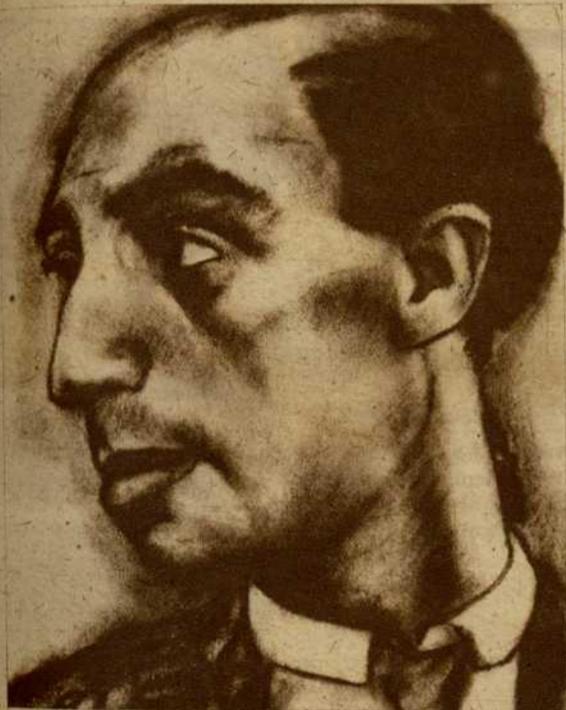
SANTIAGO MONTOYA

Una corrida de prueba para Rafael, el Gallo

EN 1910 hacía dos o tres años que Vicente Pastor y el Gallo habían salido del montón para encumbrarse; los aficionados, muy propensos a la calentura, empezaron a notar que la pasión les producía erupciones, y las polémicas comenzaron a adquirir el tono ardoroso inherente a toda discusión cuando ésta es provocada por el tema taurino. ¿Bombita o el Gallo? ¿Machaquito o Vicente Pastor? ¿Quién podía erigirse en defensor infalible ante aquellas disputas?

No eran dos toreros quienes las promovían, sino cuatro; la lucha no se circunscribía a una pareja, sino a dos: una de toreros y otra de estoqueadores; podría componerse una formidable antología con una mediana parte de lo que bombistas y gallistas, machaquistas y pastoristas, escribimos a la sazón con una evidente falta de aptitud y de costumbre de la tolerancia para la opinión ajena; todos nos creíamos en posesión de una verdad dogmática, y no hay que decir que aquellas conductas, lejos de reducirse a una simpática transmisión de nuestros estados interiores y nuestras preferencias, daban paso a frecuentes greguerías francamente molestas para las gentes juiciosas y ecuánimes.

Los más exaltados éramos los partidarios de Ricardo Torres y los de Rafael el Gallo; el motivo más



El Gallo, retrato de Vázquez Díaz

fútil, la cosa más trivial, servía para enzarzarnos y demostrar que las ideas mantenidas por ambos bandos beligerantes no eran estáticas, sino dinámicas, y por esto, por servir de guía a la acción, se traducían a veces en hechos que nada tenían de tranquilizadores, derivados de una multitud de variaciones y accidentes subjetivos y objetivos en las referidas discordias.

Pero no podíamos renunciar a la convivencia en las tertulias, forzadamente necesaria para desfogar los humores y dar rienda suelta a nuestros sentimientos, y si alguien hubiera querido imponer un sistema cesáreo contra los que alborotábamos, habría fracasado rotundamente.

En aquel clima de pasión, eran las corridas del abono de Madrid, principalmente, las que hacían subir o descender el termómetro en la fiebre que a todos nos invadía, y al anunciarse en la expresada capital una función con seis toros de Miura para el 5 de junio del referido año, que habrían de ser estoqueados por Rafael el Gallo, Manolete (padre del actual diestro del mismo apodo) y Antonio Pa-



El Manolete, padre del Manolete actual

zos y Borrero, se habló mucho de ella «a priori», porque don Eduardo había embarcado una corrida que, en Sevilla primeramente y en Madrid después, dió mucho que comentar por el respeto y el trapío que tales reses ofrecían.

¿Quién esparció el rumor de que el Gallo no iría a torear aquellos miuras pavorosos? Nadie lo supo, pero en los mentideros



Rafael el Gallo, con un Miura ¡de los de entonces!



Antonio Pazos y Borrero

taurinos madrileños no se hablaba de otra cosa.

En una tertulia llamada «El Congreso», establecida en el antiguo café de Fornos, de la que formaban parte aficionados tan caracterizados como Alejandro Pérez Lugin (Don Pío), Joaquín Bellsolá (Relance), Joaquín Menchero (el Alfombrista) y Manuel Martín Retana, sastre de toreros este último y representante de Indalecio Mosquera —empresario de Madrid en dichas calen-

das—, cundió también aquella especie, y puede suponerse la sorpresa de todos los «congresistas» cuando la noche antes de la corrida se presentó el discutido y originalísimo torero en la referida peña.

—¡Caramba, Rafael! ¿Tú por aquí? —exclamó Retana, que era apasionado defensor suyo—. ¡Pues si aseguraban que no vendrías!

—¿Por qué? —preguntó Rafael sin comprender y mirando a unos y a otros de aquella manera indagadora que le es característica.

—Por los miuras que hay encerrados en los corrales.

—¿Y qué importa eso? —replicó el Gallo—. A mí no me dan mieo las divisas. Al toro que me embiste derecho lo toreo a mi gusto; y si me embiste torció, no me paro a preguntarle de qué ganadería es pa juí...

Y se dió la corrida, en la cual, por una de esas ironías que el Destino fragua frecuentemente, no mató el Gallo dos miuras, sino cuatro, porque Antonio Pazos no mató ninguno debido a que el tercero de la tarde le cogió al entrarle a matar y resultó con la luxación de la clavícula derecha y dos dedos heridos, percance que evitó una catástrofe, dada la visible desconfianza que de dicho espada se apoderó desde que pisó el ruedo.

Y de la labor del Gallo en aquella ocasión de prueba, es decir, en una tarde en que el miedo anduvo suelto por la Plaza de Madrid, escribió lo siguiente Dulzuras, cuyo crítico no se distinguía por su gallismo, sino por todo lo contrario:

«Aunque las condiciones de los miuras no le permitieron hacer filigranas, estuvo toda la tarde hecho un buen torero y dominó la situación siempre, aun en los momentos más difíciles».

Y agregaba: «Reconozco que fué una de las tardes en que más ha conservado su serenidad y su sangre fría».

Recordamos el episodio para destruir la creencia, hoy dominante, de que Rafael el Gallo no afrontó situaciones arduas, sino que sólo se mostraba sereno y confiado con reses pastueñas y fáciles que se dejaban toréar a placer.

En tal ocasión, cuando las «espantás» venían anunciándose previamente y el pánico se apoderó de los lidiadores, no con dos miuras de aquellos, sino con cuatro, mantuvo su ejecutoria de gran torero, es decir, del torero que, consciente de su responsabilidad —como figura eminente y como director de lidia—, resuelve los problemas que le salen al paso y sabe imponerse en un ambiente nada propicio para él.

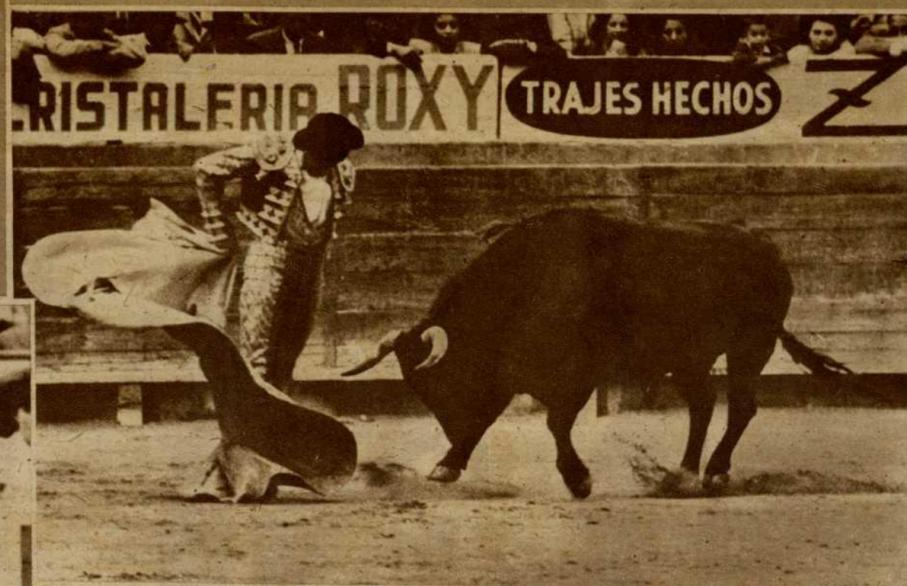
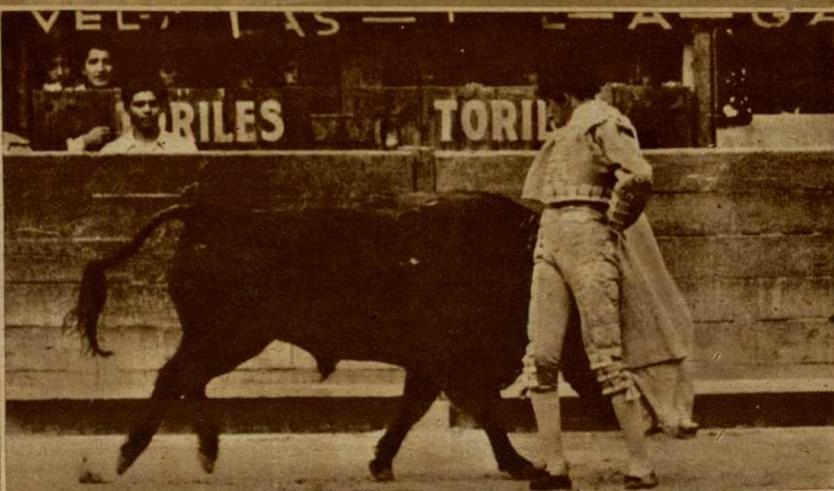
No hay que decir que los gallistas nos bañamos en agua de rosas después de aquella prueba y que los bombistas guardarou sus diatribas y burletas para mejor ocasión.

Y aunque estas referencias documentales y estos hallazgos de nuestra memoria dejan una sensación de mero contacto antes que de amalgama en la historia de Rafael —por lo mucho que ha trabajado la leyenda de sus «espantás»—, justo es que saquemos a colación casos como el mencionado, para que conste que a la celebridad del repetido diestro coadyuvaron, no sólo sus desigualdades enormes, sino elementos de un orden privativo en los grandes toreros, pues, quiérase o no, estos elementos deben tenerse también en cuenta al hablar del ascendiente que disfrutó en una época quien logró un prestigio indefinible e incomparable que flotaba y flota todavía en torno de su nombre y de su recuerdo.

LA XVIII CORRIDA DE LA TEMPORADA EN MEJICO

Se celebró el domingo 2 de febrero, y Armillita, Garza y el Soldado mataron toros de Xajay. LA ENTRADA FUE FLOJA, Y CON LIGERAS EXCEPCIONES, LA FIESTA RESULTO ABURRIDISIMA

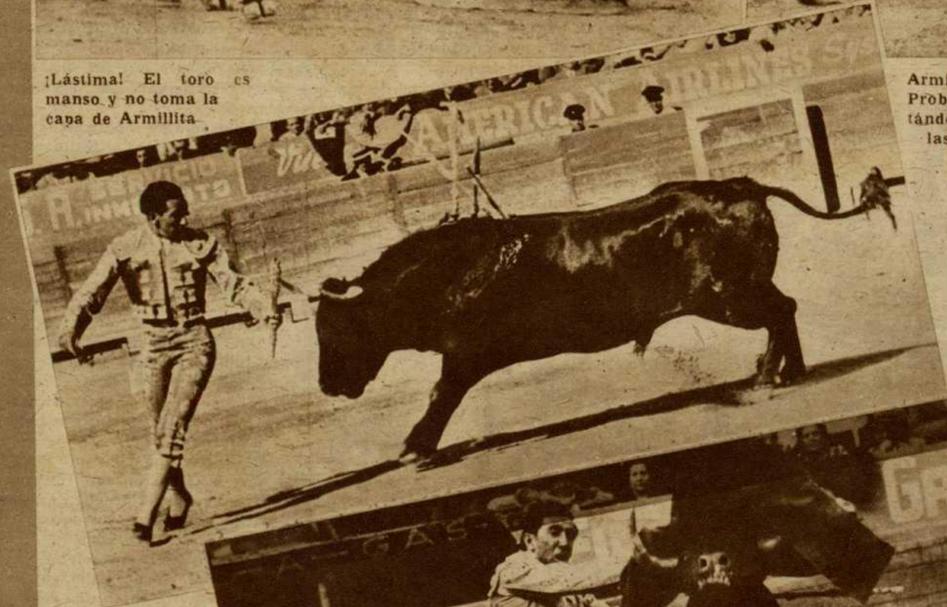
Una cosa es que los mejicanos hayan roto el convenio taurino, mano en alto, y otra que omitamos referir lo que sigue pasando en la Plaza Monumental de Méjico. Manolete, Domingo Ortega, Morenito de Talavera, el Choni, Domecq, han quedado en la condición de espectadores en corridas contratadas; pero aquí está Armillita toreando de frente por detrás al primer toro de Xajay



Garza, cuya labor fué vulgar, en un pase por bajo al quinto de Xajay

El Soldado—el más extremista de los oradores en la asamblea de toreros mejicanos—, rematando una serie de lances

¡Lástima! El toro es manso y no toma la capa de Armillita



Armillita banderillea. Probablemente, quitándole al toro todas las ventajas, ¿no?



Armillita se adorna, cuando prudentemente las distancias

Lorenzo Garza, el competidor de Manolete y presidente de debates en las asambleas taurinas, rematando un quite

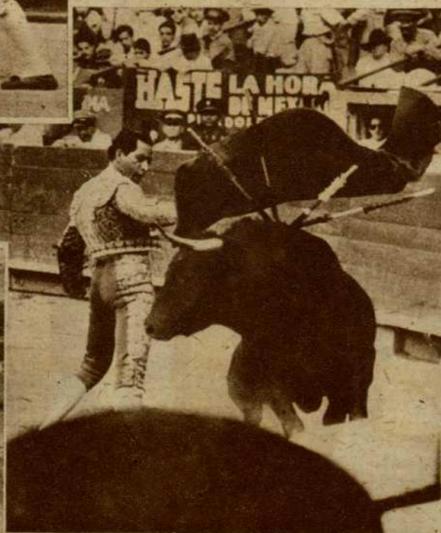


El «170» tampoco embiste

Como los palos han caído bastante desiguales, Armillita juguetea con el de Xajay para clavar otra vez



Armillita pasa por alto, sin grandes estrecheces



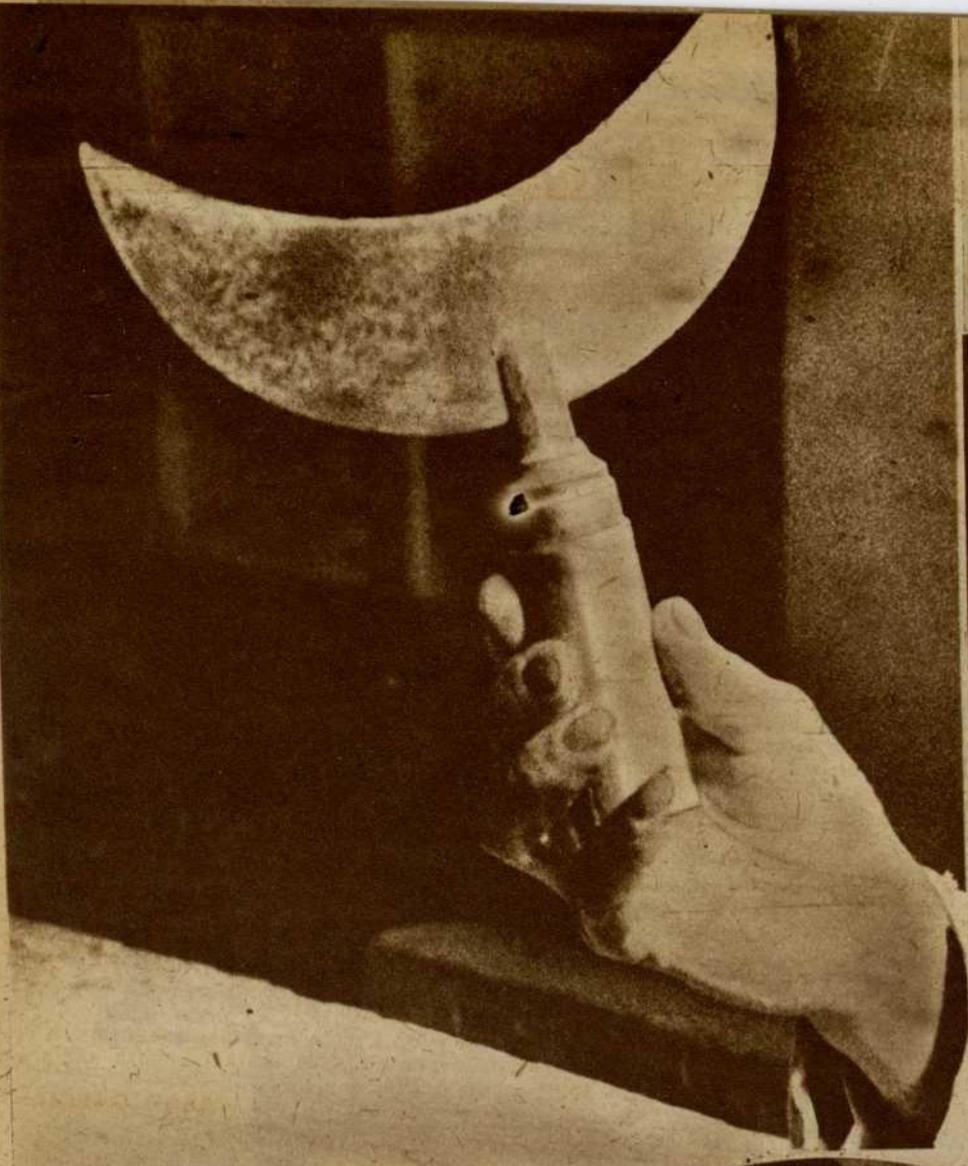
El Soldado muletea con los clásicos pases de pitón a pitón



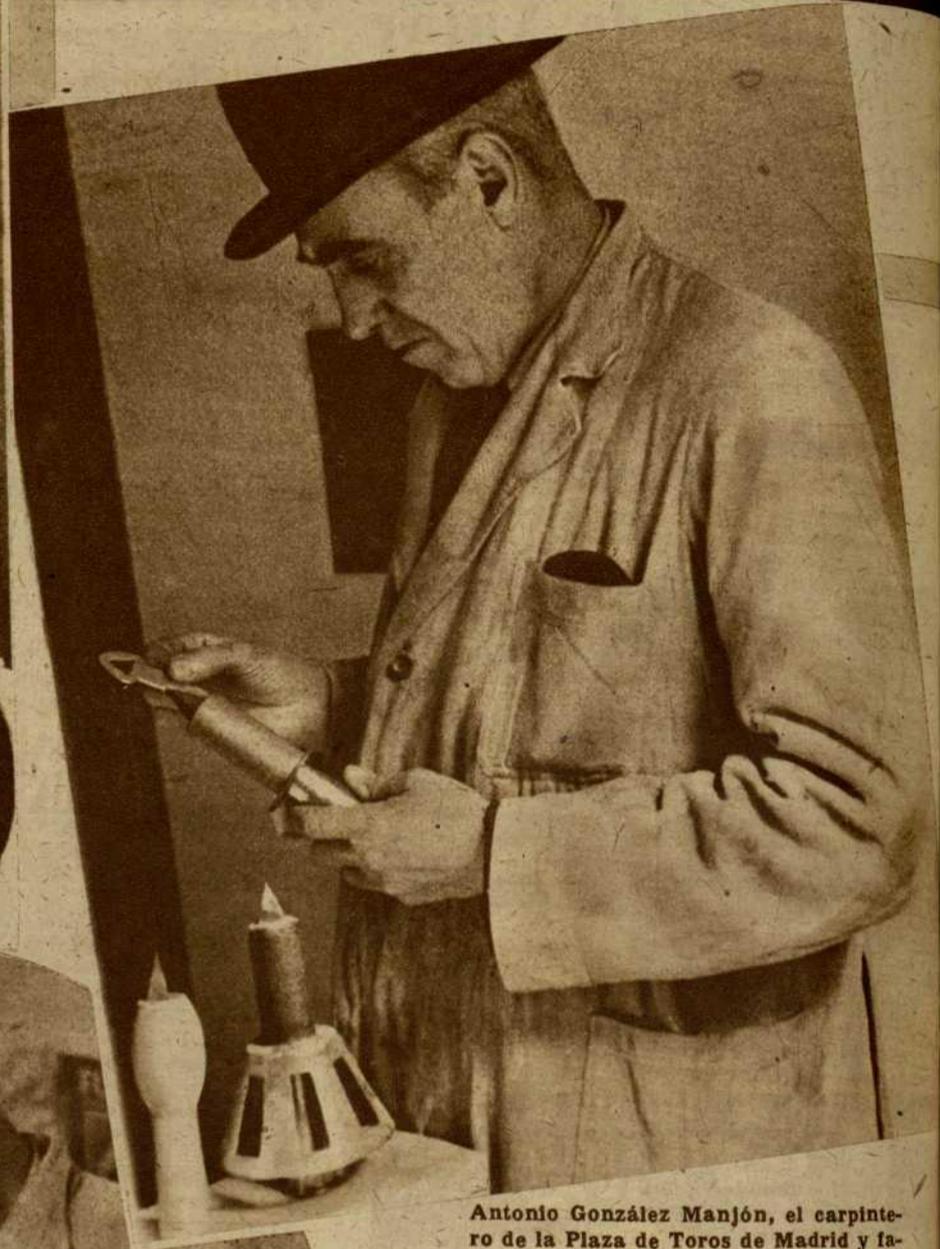
El Soldado no se cruza, precisamente, con el de Xajay

(Fotos de «Cifras» y «Estos», de Méjico, exclusivas para EL RUEDO.)

**AHORA QUE COMIENZA LA TEMPORADA
LAS TRANSFORMACIONES EN**



La media luna utilizada en el siglo pasado para desjarretar a los toros mansos, y que se conserva en el taller de la Plaza de las Ventas



Antonio González Manjón, el carpintero de la Plaza de Toros de Madrid y fabricante de las puyas, comprueba por última vez las medidas reglamentarias

Hoy —nos dice Antonio González Manjón, el maestro carpintero de la Plaza de Madrid— se puede dar por terminado el pleito.

—¿Usted cree que ya se ha adoptado el modelo definitivo de puya?

—Lo que sí le afirmo es que la puya de hoy día es la mejor. Al toro hay que hacerle sangre, y con este modelo se le puede sangrar perfectamente sin riesgo por su encordelado de rasgarle la piel y de «colarle» el palo.

—Desde luego, no haciendo la «cariocai».

—Por supuesto. El toro debe tener colocada la puya antes de meter la cabeza en el caballo. Así es como se consume bien la suerte.

—Desde que se usan los petos se deja al toro que meta la cabeza y entonces se mete el puñazo. ¿No?

—Aun así, se puede clavar en lo alto y sangrar sin rasgar al animal. Con este modelo de puya puede realizarse. Porque, además, los toros de ahora no empujan como los de antes. La casta se ha extendido, pero se ha perdido casta. Recuerdo una corrida en la Plaza Vieja, con ganado de Pablo Romero. Ya se usaban los petos y picaban nada menos que Catalino, Camero, Zurito el padre y Marinero. A pesar de los petos habían ya caído para el arrastre siete caballos, y Marinero me decía: «¡Ay, Antonio, que no podemos con ellos!»

Intercalábamos en nuestra conversación algunos recuerdos del tiempo viejo. Y viene a comentario el gesto que tuvo el ganadero don Esteban Hernández con ocasión de haberle resultado mansa una corrida en provincias y en Madrid. Y fué que se presentó un día en la Plaza, llamó al mayoral y le dijo:

—¿Tienes que hacer mañana?

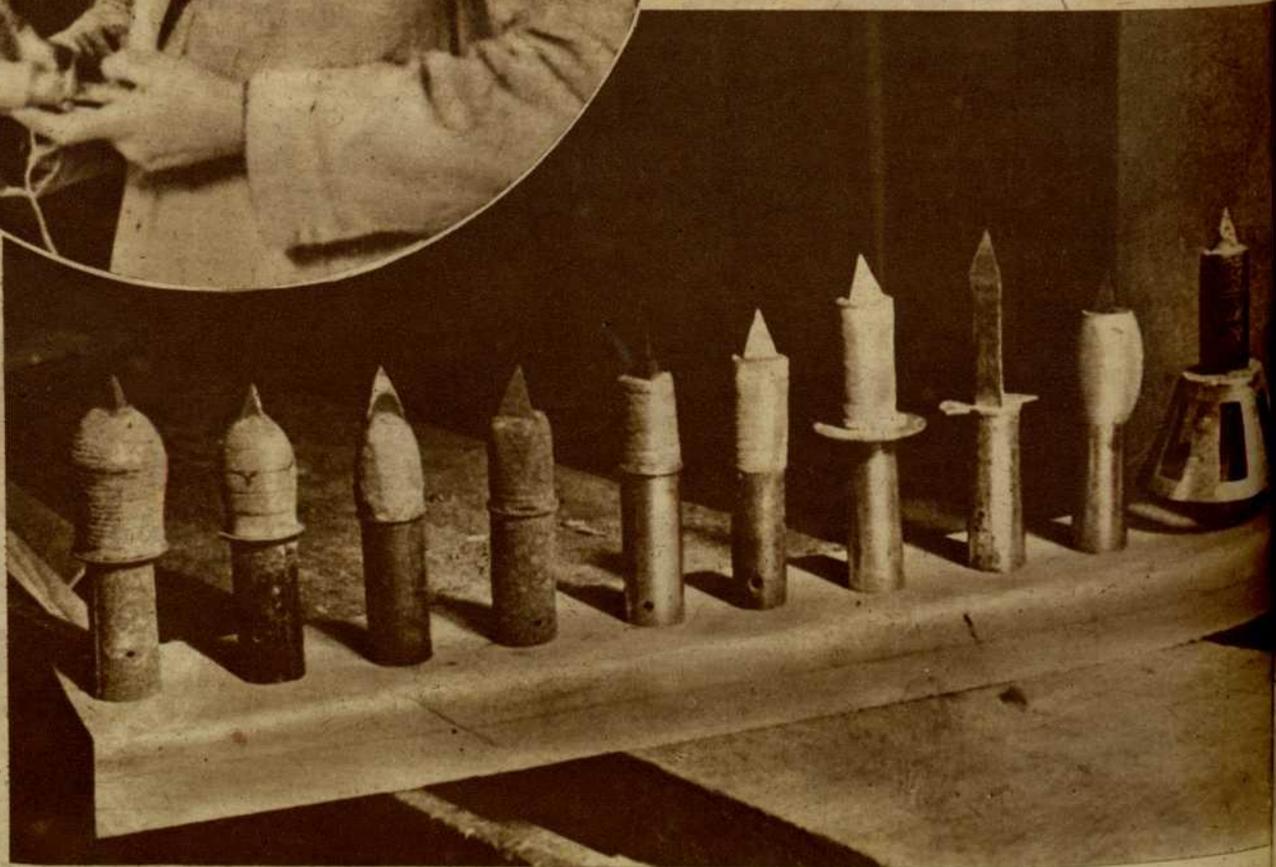
—No señor, don Esteban.

—Pues vas a venirte conmigo a El Escorial y



La composición de la puya se termina con un minucioso encordelado, que el mismo González Manjón realiza con el mayor escrúpulo

Diferentes modelos de puyas utilizadas desde el año 1875 hasta la fecha



AS PUYAS DESDE EL AÑO 1875 HASTA NUESTROS DIAS

Antonio González Manjón, el carpintero de la Plaza de las Ventas, la puya moderna es la de mayor garantía para ganaderos y picadores. -- Esta cuestión de las puyas, aunque haya cobrado últimamente actualidad, no es de ahora. Casi desde el año 90 es caballo de batalla entre ganaderos, toreros, aficionados y autoridades

te vas a traer al matadero toda una camada que me ha salido mansa.

Para establecer comparaciones en las puyas, el amigo González Manjón nos va presentando los modelos de puyas. La primera corresponde a los años del 75 al 80, de limoncillo.

—Por entonces —dice— había toros que tomaban hasta veinticinco varas. Esta primera puya sufrió alguna modificación en el encordelado, y en el 90 también en el «pincho». Desaparece poco después del 90 el limoncillo; se hacen rectos los ángulos y el encordelado, hasta que en 1905, Joselito, con ocasión de tomar parte en una encerrona para la castración de bueyes, se pronunció partidario de las puyas cortas y emprendió las gestiones para que la autoridad las autorizase.

—Lo cierto era —añade— que con unos y otros modelos se rasgaba a los toros, pero no se les picaba. Por eso se adoptó el tope de una arandela, en el año 1921. La práctica demostró que la arandela quitaba visual para picar y se decidió dejar para tope nada más que media arandela. Tampoco dió resultado. Se seguía rasgando a los toros; no se picaba. Vino el modelo de «chuzo», con la puya chiquita. Y el año pasado se probó con arandela de armadura. Con esa puya se colocaría la primera vara; nada más. Pero como se trataba de una armadura de hierro, se ordenó hacerla de aluminio para aligerar el peso. Y una vez más la visual se perdía. Por fin se dió en el modelo que ahora se usa, que, para mí —repito—, es el mejor. Con él se puede sangrar. En el presidente está apreciar cuántas varas se han de poner al toro. ¿Para qué herirle más profundamente? Es estropearlo.

—De acuerdo. De menos edad los toros...

—La demanda de corridas ha llegado a ser tanta, que los ganaderos han tenido que aprovechar todo, sin historiales de tiente ni márgenes de tiempo para la edad. Agreguen ustedes la flojedad de los pastos...

—Y por todo ello no sale al ruedo el toro de sentido y de poder.

—Sin embargo, ya ha comenzado a haber tientes, y como el año pasado sobraron toros, por ahí debe de haber algunas puntas de cinco años. De

todos modos, con esta puya puede haber una buena suerte de varas.

—¿Y dice usted que ofrece garantías a ganaderos y picadores por igual?

—Exacto. En algunos de los modelos anteriores, metida la puya en tuerca, se podía sacar y quedaba convertida en lanza, o bien se podía limar y despuntarla. Ahora se sigue con las puyas los siguientes trámites: Meto en un estuche el juego de puyas para la corrida y es llevado a la Sociedad de Ganaderos de la calle de las Huertas. Allí las sellan, una por una, el señor Aléas, hijo, en nombre de los ganaderos, y El Rizao, en el de los picadores, después que han comprobado con el escandallo sus medidas legales. Selladas las puyas, vuelven al estuche, que queda cerrado y precintado. El día de la corrida se levantan los precintos en presencia de las autoridades, de la Empresa y de los ganaderos y picadores, y cada uno de éstos se lleva su juego.

—¿Cuánto suele durar una puya?

—Mucho. Se las lava y se estira el encordelado.

—¿Usted hace las puyas para la Plaza de Madrid?

—Y hasta esta temporada anterior, para otras muchas. Ahora sólo sirve a Madrid, Barcelona y Zaragoza.

Antonio González Manjón, el actual maestro carpintero, es el tercero de una dinastía. Un abuelo suyo fué el carpintero de la Plaza que hubo en la Puerta de Alcalá. Le sucedió su hijo, Miguel González Caballero, en la Plaza que hoy decimos Vieja, y ha quedado el nieto en el puesto. De las manos de estos tres artistas y clásicos aficionados han salido los modelos de puyas que hacen la historia de la suerte de varas.

El padre de Antonio murió ciego, en la Plaza. Su ceguera fué consecuencia de una grave cogida, en accidente de trabajo. Era una tarde de corrida. Un toro había ya saltado cinco veces al callejón. Un nuevo salto renovó la precipitación habitual

en los carpinteros para abrir las puertas de la barrera. Una no había quedado bien abierta, y el maestro acudió a colocarla bien. En ese momento, fué cuando le alcanzó el toro. Al quite se metió Frasuelo.

En el taller de la Plaza hemos visto colgada una llamante media luna.

—¿Esa media luna?

—La que hace unos cincuenta años se utilizaba para desjarretar a los mansos retirados al corral. Al caer el toro le daban la puntilla. Esa media luna la manejaron Albarrán y El Buñolero, los «chulos», que era como llamaban a los que daban las banderillas. Como el espectáculo resultaba cruel, se modificó ese sistema, devolviendo el manso al corral y aplicándole allí la media luna para apuntillarle. Hoy, el toro pasa al cajón, y allí metido, sin hacerle sufrir, le dan la puntilla.

Antes de despedirnos de González Manjón, a un vemos los modelos de puyas para tiente, de cuatro filos y diez milímetros de largo, y las de garrochas de campo, de tres filos.

Y allí queda el veterano maestro preparando puyas para cuando el temporal permita abrir las puertas de la Plaza.

CESAR GARCIA



Cajón donde se guardan las puyas selladas en la Asociación de Ganaderos, y que permanecerán así hasta la corrida inmediata

(Fotos Díaz Casariego)

Las puyas ya están listas para ser enviadas al sellado. El maestro carpintero las coloca en el estuche, que en seguida se precintará

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

GABRIEL DE GANGOITI

considera necesario que el Estado proteja la Fiesta Nacional



CON mucha frecuencia las provincias españolas ceden a Madrid —aunque casi siempre en visitas relámpago— lo mejor de su afición taurina. Lo bueno sería que nos enterásemos siempre de la presencia en la capital de España de estos buenos aficionados. Pero no siempre ocurre así. Esta vez, sin embargo, hemos tenido suerte. La estancia de Gabriel de Gangoiti en Madrid nos ha sido descubierta, y con ella —claro—, por él mismo, sus conceptos sobre toros. Le visitamos. Gangoiti, con gran modestia, empieza por disculparse cuando le pedimos que nos hable de toros.

—Ante todo —dice—, creo que, por mi edad, no puedan resultar muy interesantes mis opiniones sobre materia taurina. Además, considero la ciencia de «entender de toros» como una de las más difíciles que hay, y de la cual muy pocas personas saben algo. Con lo único que suplo estos principios que expongo es con una afición desmedida que siento hacia la Fiesta Nacional. Esta es mi mayor pasión y entretenimiento. En invierno, cuando no hay corridas, siento que me falta algo. Pero claro está que esta afición no compensa la falta de experiencia en materia tan difícil.

—¿Cuánto tiempo hace que va usted a los toros, puesto que habla de su poca experiencia?

—Desde muy niño recuerdo haber ido a los toros. Mis primeras corridas las vi poco antes de hacer la Primera Comunión, siendo éstas presenciadas en Méjico, donde vivía en unas propiedades que tenía

allí mi padre. Recuerdo perfectamente las temporadas que allí actuaron los Valencia I y II, Silveti, Emilio Ventoldrá y, sobre todo, Marcial y Chicuelo, que dejaron gran recuerdo, siendo yo admirador de estos dos. Recuerdo las dos alternativas celebradas en la Plaza de El Toreo, de Juan Espinosa, Armillita Grande, de manos de Rodolfo Gaona, hoy banderillero de su hermano Fermín, y la de éste por Pepe Ortiz.

—¿Qué recuerdos han quedado más vivos en usted de su estancia en Méjico?

—El debut de la ganadería de San Mateo, en Méjico capital, que presencié en unión de mis padres y con los ganaderos los Llagunos. Vi también una corrida que se me quedó grabada por lo original: toreaban Ignacio Sánchez Mejías, Algabeño y otro, y al acabar la corrida entraron al patio de caballos Sánchez Mejías y Pepe Algabeño; cambiaron sus trajes de luces por los de campo, y rejonearon un toro cada uno. En aquellos tiempos fueron de becerristas a Méjico Manolo y Pepe Bienvenida, de quienes fui amigo.

—Y de las primeras corridas que vio en España, ¿guarda tan buenos recuerdos?

—Una de ellas fue la de la faena memorable de Chicuelo en Madrid, creo que en 1928.

—¿Prefiere usted el toreo moderno o el clásico?

—El toreo moderno lo creo mejor que el antiguo. Pero entrando en un círculo vicioso, ¿se podría torear hoy con aquellos toros? Aquellos toreros, ¿llegarían a pisar los terrenos de hoy y con el temple actual? A mi modo de ver, el toreo es la mezcla, en su punto medio, del arte con la emoción para lidiar y dar muerte al toro, y si falta la emoción, pierde todo la Fiesta, y si el arte es el ausente, pasa lo mismo. El toreo debe ser «despatarrado», abierto de compás y, sobre todo, «cargando» bien la suerte. Recuerdo algunos pases de este último año, toreando largo, como debe ser, según refrán: «lance largo y cante corto». No hay que olvidar los tres tiempos del toreo: suerte del engaño, traerlo bien embebido en éste, metiendo al bicho en suerte, y, por último, darle salida. Me indigna la estatua y los pies juntos, salvo rarísima ocasión, y los pases mirando al tendido.

—¿Qué le interesa a usted más, el toro o el torero?

—Soy más partidario del toro que del torero. Se llama a las corridas fiesta de los toros, y no fiesta de los toreros. Me fastidia que a todos los toros se les dé la misma lidia. Cada cual tiene su lidia especial. Estoy, por tanto, en contra de las faenas tipo «standard». Y éste es un punto que el público no quiere o no sabe ver.

—¿Qué opina de la suerte de varas?

—Creo que, si sigue como está, acabará destrozando la afición. Entre los varilargueros y los toros encienques de hoy, no hay derecho a ver cambiar los toros en uno o dos puyazos, la mayoría de las veces, pues, de no ser así, moriría el toro antes de la muleta.

—¿Cuál es la suerte que más le gusta?

—La suerte que más me gustó es la que considero esencial: la estocada. Todo lo que se hace en la lidia de un toro desde que sale del toril va encaminado a preparar al toro para su muerte. Una buena estocada es lo más bello que darse puede. Recuerdo, hace unos años, en la Plaza de Madrid —tarde fría y lluviosa, fin de temporada, octubre—, una estocada soberbia de Domingo Dominguín. Salvo la estocada que he citado, ya no se mata como lo hacían Villalta y, sobre todo, Fortuna. Hoy, Domingo Dominguín, Manolete y, cuando quieren, Pepe Bienvenida y Cagancho. También hay otras suertes emocionantes y bonitas.



—¿Qué es lo que considera usted más desagradable de una corrida?

—Lo más desagradable de las corridas, y que, de seguir las cosas así, acabará con la Fiesta, es la ya citada suerte de las puyas y los precios de las entradas. Para lo primero me declaro enemigo irreconciliable del peto, aceptándolo como mal menor por el precio tan alto hoy del caballo de pica. Pero si el peto subsiste, hay que reformar inmediatamente la puya y multar al picador que abuse. Se habla de la ganancia de empresarios, ganaderos y toreros, y éstos exponen, los dos primeros, el bolsillo, y el tercero, la vida, y, sin embargo, no se habla de la ganancia que obtiene el Estado en la Fiesta. Por diversos impuestos, el gravamen a pagar es del 40 por 100. Todos estos impuestos hacen subir considerablemente el precio de las localidades. En Inglaterra, el Estado protege, y aun subvenciona, las carreras de caballos, por ser típicamente nacionales. En España se debería llegar a eso, pues no hay que olvidar que se llama a los toros Fiesta Nacional. La tercera cosa desagradable en los toros es lo que reúne —tras los telones, entre bambalinas, con chismorreos e intrigas taurinas— apoderados de más de un torero, que imponen a otros, veto que implantan algunos a otros para que toreen juntos o en un número limitado de corridas por ferias, ganaderías, etc.

—¿Cuál es el torero que más le gusta?

—Torero favorito no tengo. Es difícil tener uno solo si nos proponemos ser partidarios únicamente de la Fiesta, imparciales, y saber apreciar lo bueno de cada corrida. No obstante, siento una gran admiración por el toreo de Pepe Luis Vázquez, a quien no me canso de elogiar. Quienes lo presenciamos, debemos darle las gracias por las dos faenas con que nos deleitó en una misma tarde en Burgos y otra tarde en Santander. Otro torero verdaderamente prodigioso es Luis Miguel Dominguín. En su toreo hay emoción y arte; es valiente, y los terrenos que pisa son inaccesibles. Sus últimas actuaciones en la temporada pasada lo confirman y dan fe de que va para arriba. Es como un perturbado mental del toreo que revolucionará la fiesta; resucita suertes vistosas antiguas: cambios de rodillas, el «galleo», etc.

Don Gabriel de Gangoiti calla, y nos despedimos de él con sincero agradecimiento por sus contestaciones.

PILAR YVARS



UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

Comarca
sanitaria
n.º 3978

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS



DE TIEMPOS PASADOS PEÑA TAURINA EN GRANADA

De los apuntes para mis Memorias

Varios Cofrades de «La oración de la tarde», en la cocina donde celebran sus reuniones

EN octubre de 1913 desempeñaba en la Secretaría del Gobierno Civil de Granada un cargo administrativo mi inolvidable amigo Juan Guillén Sotelo, que hizo tan prestigioso en la literatura taurina el pseudónimo de «El bachiller González de Rivera».

De talento clarísimo, extensa cultura y espíritu inquieto, se le ocurrió fundar un cenáculo taurino sobre las bases más originales y raras que puedan imaginarse. Nos requirió a varios aficionados a la Fiesta Nacional para que formáramos parte de él, y no hay que decir que nos encontró prestos y contentos a secundar su singular proyecto.

Su prodigiosa inventiva trazó la organización que había de tener la novísima asociación, y para señalar las jerarquías que habían de dirigirla tomó nota de las más heterogéneas colectividades.

De la Monarquía visigoda copió la dignidad de Gardingo, que había de presidirnos, cosa que a mí me extrañó, aunque no quise hacérselo presente, porque el referido cargo, en aquella remota etapa histórica, era subalterno a las órdenes de los Condes que gobernaban en las provincias, lo mismo que durante la dominación romana.

Seguía, en autoridad el Prior, cabeza de las Ordenes monásticas, y completaban, lo que llamaré Estado mayor, el Camarlengo, encargado de la administración de los fondos, y el Canciller, que en funciones de secretario certificaba en las actas, previo el visto bueno del Gardingo. Había además Gardingo y Prior honorarios. La institución fué bautizada con el nombre de Cofradía de «La oración de la tarde», y de Cofrades los que la componíamos.

Guillén Sotelo, alma de aquella variadísima y nunca vista mezcla, que todos aceptamos gustosos, no quiso ocupar ninguno de los destinos directivos.

Fueron elegidos por unanimidad: Gardingo, el viejo y notable artista don Félix Esteban; Prior, don Eladio Pericás; Camarlengo, don Francisco Gómez Sánchez, y Canciller, el inspirado poeta y brillante escritor don Manuel Góngora. El que esto escribe fué distinguido con la categoría de Gardingo de honor, y el docto catedrático y culto archivero don Francisco de Paula Góngora, de indeleble memoria para mí, con el de Prior honorario.

El resto de los Cofrades, que no nombro porque temo olvidar a alguno, eran todos probadísimos y entusiastas aficionados a las fiestas taurinas, cuyo sentir era el único que nos vinculaba, porque ni en opinión política ni en ejercicio profesional nos parecíamos en nada. Ahora bien: a todos nos ligaba una cordial y entrañable amistad que estaba por encima de toda diferencia. En nuestras reuniones no se hablaba de nada que pudiera separarnos. Allí no se charlaba más que de toros y toreros, y la obligación que nos teníamos impuesta de concurrir todos los días al caer de la tarde, se cumplía con rigurosa exactitud.

El Camarlengo cuidaba de tener bien abastecida la despensa con exquisitos fiambres y rico vino de manzanilla, que, con la añadidura de pescado frito, constituía nuestra merienda cotidiana.

Primero celebrábamos nuestras sesiones en la trastienda de una taberna de la calle de Mariana Pineda; después nos trasladamos a un restaurante de la del Poeta Zorrilla, y por último alquilamos un piso en la de la Alhóndiga.

Allí nos acomodamos bien; pero como aspirábamos a estar mejor instalados, al poco tiempo fijamos nuestra residencia definitiva en la calle de Lepanto, donde la Cofradía adoptó ya su verdadero carácter granadino.

El Camarlengo don Francisco Gómez Sánchez, que aun vive, y sea por muchos años, tuvo la oportuna y feliz ocurrencia de que nuestro salón de sesiones fuera una cocina andaluza, donde no faltase ninguno de los muebles y atributos propios de la vida campesina.

Una gran chimenea de campana, en la que en las tardes frías del invierno ardían abundantes leños de encina y olivo, estaba rodeada de povos que nos servían de asiento, y en la cornisa, peroles de azúcar, jarras de Fajalauza, sartenes y toda clase de vasijas y objetos necesarios para confeccionar y servir las sabrosas y succulentas comidas caseras con que solíamos festejarnos. Y para que no faltara nada concerniente a las costumbres del campo, figuraba la imprescindible guitarra, la jaula con la perdiz para el reclamo y la escopeta antigua de pistón.

Por aquella típica estancia desfilaron celebridades del toreo, del arte, de la ciencia y de las letras, que nos holgábamos en invitar a nuestros ágapes. Fueron tantas las personalidades que nos acompañaron, que no quiero nombrarlas por si olvido alguna; pero debo señalar a las que con más frecuencia nos distinguieron con su visita. Allí compartieron con nosotros el pan y la sal los viejos y gloriosos lidiadores Rafael Guerra y Luis Mazzantini, en unión de los entonces célebres ases del toreo Juan Belmonte y Joselito. El insigne escultor Mariano Benlliure, mi viejo y fraternal amigo, era el que más veces pisaba los umbrales de nuestra casa, y por ese motivo y por sus muchos merecimientos le nombramos Cofrade de honor, a cuya distinción correspondió él con una generosidad muy característica de su gran corazón, modelando la medalla que había de ser la insignia de los Cofrades. Como se ve en el grabado, es una primorosa y bella obra de arte. En una de sus caras figura la cabeza del incomparable matador Salvador Sánchez, Frascuelo, a cuyo recuerdo profesábamos gran admiración todos los que tuvimos la fortuna de verle trabajar, y en la otra, el perfil de Juan Belmonte, uno de los más encumbrados genios de la tauromaquia. También eran nuestros colegas honorarios los tres preclaros artistas granadinos, a saber: en la escultura, Juan Cristóbal; en la pintura, Gabriel Narcillo, y en la fotografía, el gran fotógrafo granadino Manuel Torres Molina, autor de los retratos que ilustran el presente trabajo.

La tolerancia era cualidad que todos poseíamos. Las discusiones sobre temas taurinos, que tanto apasionan y exardecen, allí se mantenían en tono natural y correcto, sosteniendo cada uno su criterio lisa y llanamente. Guillén Sotelo, tan entendido y perito en la materia, era, sin embargo, intransigente en una cuestión: que consistía en negar que en el toreo hubiera habido nunca escuelas definidas y diferenciales. El no lo confesaba nunca; pero yo estoy seguro de que su predilección por la gracia, el donaire y la filigrana en el manejo de la capa, la muleta y las banderillas, era la causa de su negativa. La suerte de matar, patrimonio de los lidiadores rondeños, y que, según mi modesto juicio, es la más artística de todas, tenía para él

menos atractivo que las restantes. Por eso no concedía que el estilo fuera motivo suficiente para marcar distinciones en la lidia y deducir de ello características que señalaran escuelas de tipo contradictorio. Pero, sin embargo de ello, jamás tomó el debate acaloramiento alguno.

Siempre que nos favorecía con su visita, alguna celebración taurina, literaria o artística, le ofrecíamos una fiesta, que tenía lugar o en nuestro domicilio social o en la huerta que poseía el Prior en la hermosa vega granadina.

El festejo principal, el más señalado de todos, lo celebrábamos en la última noche de cada año. No faltaba a él ni un solo Cofrade, como no fuera por causa de enfermedad. Yo abandonaba a Madrid para reunirme con ellos. Era para nosotros la cena más alegre de todo el año. Se comía y se bebía espléndidamente, y hacía nuestra delicia oír tocar la guitarra a los grandes maestros Angel Barrios y Manolo Jofré y cantar toda clase de tonadas flamencas al inolvidable Francisco Gálvez, que cariñosamente llamábamos Frasquito Yerbabuena, que nos entusiasmaba hasta el delirio cuando le escuchábamos «las granadinas», que no ha nacido ni nacerá otro que las cante con más sentimiento y con más acabada maestría.

Amenizaba también aquellos memorables festines el inimitable Paco Vergara, que, además de ser un notable pintor, posee la facultad de saber imitarlo todo, con un arte y una perfección tan singulares, que de haberse dedicado al teatro, habría sido un famosísimo comediante.

Luis Mazzantini, mi fraternal y entrañable amigo, cuya muerte lloraré siempre, me acompañó varias veces en mis excursiones a Granada, y durante su estancia concurría todas las tardes a nuestras reuniones. Una de ellas, el Prior Eladio Pericás hubo de preguntarle, señalando el retrato de Frascuelo que figuraba en lugar preferente: «Don Luis, ¿cómo mataba los toros ese hombre?» Y Mazzantini contestó rotundamente: «Como yo, pero con más reñones que yo.» Y empleó un vocablo impublicable, que denota el mayor grado de masculinidad. La frase es muy expresiva, porque no hay que olvidar que Luis se llamaba asimismo, con disculpable vanidad, «el rey del volapié».

Seguidamente le interrogué: «¿Cuál ha sido el toro que tú has visto matar con más arte y bizarria?» La pregunta, hecha a un matador de su envergadura, confieso que tenía algo de indiscreta. Según todos manifestaron después, esperaban que citara un muerdo por él, pero no fué así. Quiero repetir lo que respondió, si no con las mismas palabras, en términos muy aproximados a los que empleara: «No recuerdo bien la fecha —lijo—, pero, desde luego, fué en la Plaza de Madrid. Habíamos de despachar una corrida de Pérez de la Concha, de mucho respeto por su tamaño y poder. Salí el tercero, que era el de más volumen, que le correspondía a Frascuelo. Con incansable bravura acometió a los picadores, que le castigaron bien, sin errar un solo puyazo. Los banderilleros le prendieron cuatro pares, todos en su sitio. El toro quedó quieto en el turno mirando a las tablas. Tenía el morrillo hecho una carnicería, y cuando, al pararse las moscas en las heridas, sentía dolor, al moverse para sacudir las, daba la sensación de que temblaba el piso firme. No he visto jamás un toro más grande ni mejor criado. Tomó Salvador los trastos de matar. En un espacio que calculo tendría metro y medio de diámetro, le dió dos pases naturales, uno de pecho y otro en redondo, y el toro quedó a la muerte con las manos juntas y ahormada la cabeza. Lió el trapo y enfilando la espada, despacio, ceñido, recto, valiente como nadio, entró a matar. Yo, que entonces no le temía ni al toro de Creta, cerré instantáneamente los ojos, y, al abrirlos, vi cómo salía derecho como un huso rozando el costillar de la res, y caer ésta tan rematada que no precisó puntilla. Inmediatamente fuí al arrastradero e hice que pesaran al toro. La balanza marcó 35 arrobas.

La revolución de 1936, dispersó a los Cofrades y acabó con aquella singular Peña donde tanto habíamos disfrutado.



Medalla que usaban como insignia los Cofrades de los «La oración de la tarde», modelada por Mariano Benlliure



PARRITA,
la figura
de la temporada

Parrita alcanzó el triunfo más clamoroso en la corrida de Castellón, cortando cuatro orejas, dos rabos y saliendo en hombros de la Plaza

Por España y América

La corrida del viernes en Méjico fue mala. — Pepin Martín Vázquez, Parrita y Vito cortaron orejas en Castellón. El ganadero señor Guardiola dió la vuelta al ruedo. — Niño de la Palma y su hijo triunfaron en Bogotá. — El domingo hubo muy mala entrada en la Monumental de Méjico y la corrida fue mala. — Manolo González cortó una oreja en Barcelona.



El diestro criollo Raúl Ochoa, Rovira, y su apoderado, don Carlos Cuadrado, durante la visita que hicieron al embajador de la República argentina, doctor Radó (Foto Cano)

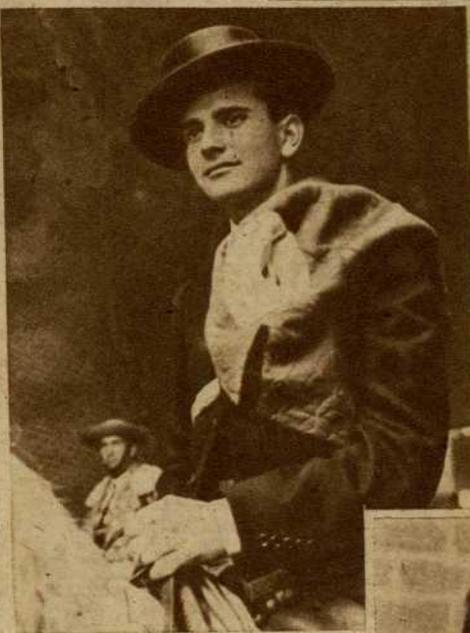
LA Empresa de la Plaza de Toros de Guatemala anuncia la celebración de cuatro corridas de abono. Hasta ahora han sido contratados, con el gitano Cagancho, los mejicanos Lorenzo Garza, el Soldado y Ricardo Torres, y se hacen gestiones para llegar a un acuerdo con Armillita y Silverio Pérez. La primera corrida, con intervención de Cagancho, Garza y el Soldado, está anunciada para hoy, día 13.

El empresario de la Plaza de Bogotá, don Antonio Reyes, está haciendo gestiones con los más destacados matadores españoles y mejicanos para intentar la mejora de la temporada taurina, que en dicha capital está a punto de fracasar.

El rejoneador español Alvaro Domecq, que sacará de Nueva York en avión, para llegar a Lisboa el próximo día 20, ha cambiado su famoso caballo Escándalo por un automóvil de treinta caballos.

El pasado viernes, día 7, se celebró en Méjico la corrida organizada con motivo de la visita del Presidente Truman. Se lidiaron toros de La Punta. Armillita se lució con el capote y en tres pares de banderillas. Hizo faena vulgar y mató de media buena. A Lorenzo Garza le tocó un toro difícil, y además se vió molesto por el viento. Estuvo voluntarioso, pero no logró lucirse. Tampoco tuvo suerte con el estoque, pues mató de dos pinchazos y el descabello al séptimo intento. Oyó pitos. El Soldado toreó muy bien por verónicas y fue ovacionado. Comenzó la faena con dos ayudados por alto muy buenos, y cuando se creía que iba a cuajar una gran faena, inexplicablemente, continuó torseando por la cara y distanciado, para acabar de dos pinchazos malos y una tendenciosa. Oyó pitos. A Fermín Rivera le cupo en suerte un toro tan manso, que fué devuelto a los corrales. En el sustituto estuvo bien. Comenzó con cuatro pases sentado en el estribo y continuó valiente y torero. Mató de una un poco delantera y dió la vuelta al ruedo. El Calsero estuvo vulgar con capote y muleta y mató de media estocada. Félix Briones fué el que logró más lucida actuación, y a él le fué concedido el trofeo que había donado el Presidente de la República. Se lució con el capote y con la muleta, tras una serie de naturales, toreó a placer con la derecha y se lució en varios adornos. Mató de un pinchazo y media estocada. Dió la vuelta al ruedo.

El rejoneador Pepe Anastasio, que presta sus servicios como soldado del Arma aérea en Sevilla, envió al general jefe de la Región aérea del Estrecho la can-



El rejoneador Pepe Anastasio, que ha enviado cinco mil pesetas para los damnificados por las inundaciones en Sevilla



Niño de la Palma (hijo)

idad de 5.000 pesetas para que se abra una suscripción abierta en pro de los damnificados en Sevilla.

El domingo llegó a Sevilla, procedente de Venezuela, el apoderado de Arruza, señor Gago, que ha contratado para tres corridas en aquel país al mejicano.

La novillada anunciada para el domingo en Córdoba, y en la que iban a actuar Manolo Navarro, Martorell y Joselete, ha sido aplazada para el próximo domingo.

Pepe Luis Vázquez y Juanito Belmonte se han ofrecido para actuar en un festival taurino que pueda organizarse a beneficio de los damnificados por las inundaciones en Sevilla.

En Castellón se celebró la primera corrida de toros del año. Se lidiaron seis toros de Guardiola. El Heno fué absoluto. Pepin Martín Vázquez veroniqué muy bien al primero. Comenzó la faena con muletazos por bajo y en redondo. Dos por alto muy buenos. Sigue por naturales y de pecho y mata de una delantera y el descabello al primer intento. (Aplausos.) Se lució con



el capote en el cuarto. Comenzó la faena con cinco naturales muy buenos. Siguió con afarolados, de pecho y molinetes. Mató de un pinchazo y el descabello al primer intento. (Ovación, oreja, vuelta y salida. Como los aplausos continúan, sale al tercio con Parrita y Vito.) Parrita comenzó su faena al quinto con una serie de naturales, que remató con uno de pecho muy ceñido. Más naturales mirando al público. Muletazos por alto, de pecho y manolelinas. Un pinchazo y una entera. (Ovación, oreja, vuelta y salida a los medios.) Al quinto le dió cinco ayudados por alto magníficos. Naturales, de pecho y manolelinas. Una gran estocada, que mata. (Ovación, dos orejas, rabo y vuelta al ruedo con el ganadero.) Vito toreó bien con el capote al tercero y puso un buen par de banderillas. Con la muleta dió muletazos por alto, naturales, de pecho y molinetes. Estocada que mata. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.) En el sexto, que estaba quedado, no pudo lucirse. Hizo faena inteligente y mató de tres pinchazos. Parrita y Pepin fueron sacados en hombros.

En Bogotá torearon el pasado domingo Niño de la Palma (padre e hijo) y Gabriel Alonso. Niño de la Palma, padre, obtuvo un gran éxito en el primero. Hizo una magnífica faena y mató de una entera. (Oreja.) En el cuarto estuvo bien y fué ovacionado. Niño de la Palma II cortó la oreja del segundo en premio a una magnífica faena y a la estocada, que fué superior. En el quinto estuvo valiente. Gabriel Alonso no tuvo suerte con el lote que le tocó. Estuvo breve y fué aplaudido.

En Méjico, con muy mala entrada, se corrieron el domingo seis toros de Santín. Alternaban Armillita, Juan Estrada —que reapareció después de la grave cogida que sufrió en Querétaro— y Félix Briones. Armillita estuvo desgraciado en sus dos toros y oyó pitos. Juan Estrada, inseguro y desconfiado, se limitó a salir del paso. Félix Briones hizo faena al tercero, en la que hubo muletazos buenos y malos. Oyó pitos y palmas. En el sexto toreó a la defensiva y sólo oyó pitos.

En Barcelona lidiaron novillos de Muriel, Manolo González, que cortó la oreja del primero y oyó aplausos en el cuarto; Paco Muñoz, que oyó aplausos en el segundo y perdió la oreja del quinto por no acertar con el estoque, y Pepe Palacios, que oyó aplausos en los dos novillos.

En Lorca. Novillos de Antonio Zaballos para Paco Navarro y Jesús Moragas. Navarro estuvo temerario y fué aplaudido en sus dos novillos. Moragas dió la vuelta al ruedo en los dos. Los matadores resultaron cogidos. Navarro sufre graves contusiones y Moragas un puntazo en el pie derecho.

Se inauguró el domingo la temporada en Lisboa. Toros de Claudio Moura. Los rejoneadores Antonio Luíz y Alberto López fueron aplaudidos. El mejicano Pepe Luis Vázquez gustó con capote y muleta y entusiasmó como banderillero. Diamantino Vizéu fué muy aplaudido. La faena de su segundo la brindó al crítico de A. B. C. Giraldillo.

Andrés Gago, apoderado de Arruza, ha manifestado que cree que el pleito hispanomejicano será solucionado. Trae el encargo de Manolete de manifestar al empresario de Sevilla que piensa torear en las corridas de feria.

El novillero mejicano Pepe Luis Vázquez tiene contratadas numerosas corridas en Portugal y Francia. Dentro de unos días llegará a Madrid, donde se propone pasar una pequeña temporada.

Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.

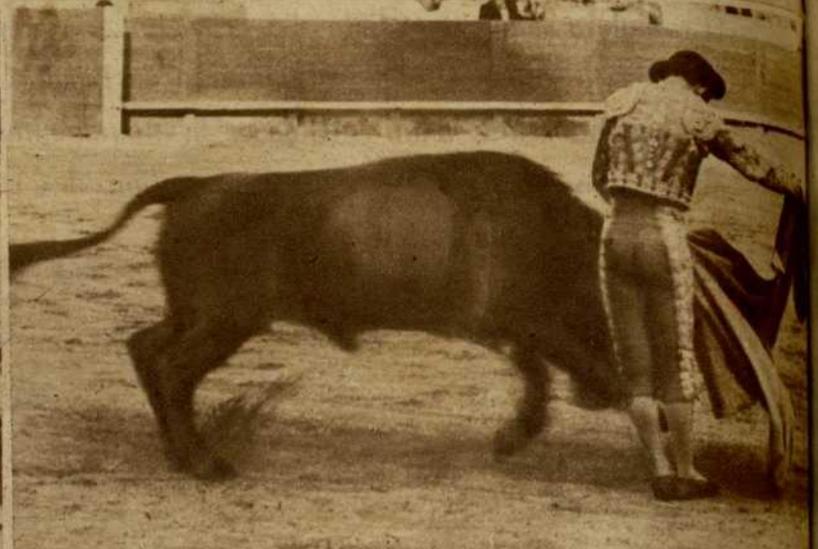


CONATE



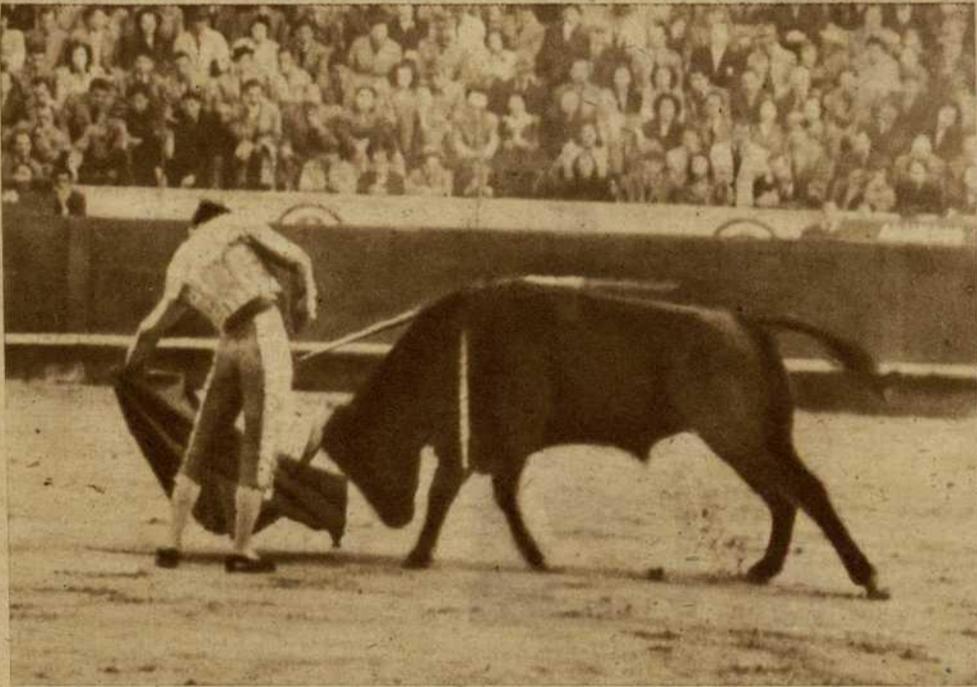
VALDESPINO
JEREZ

La novillada del domingo, 9 de marzo, en Barcelona
MANOLO GONZALEZ, PAQUITO MUÑOZ Y PALACIOS,
 que debutaba, con seis novillos de MURIEL

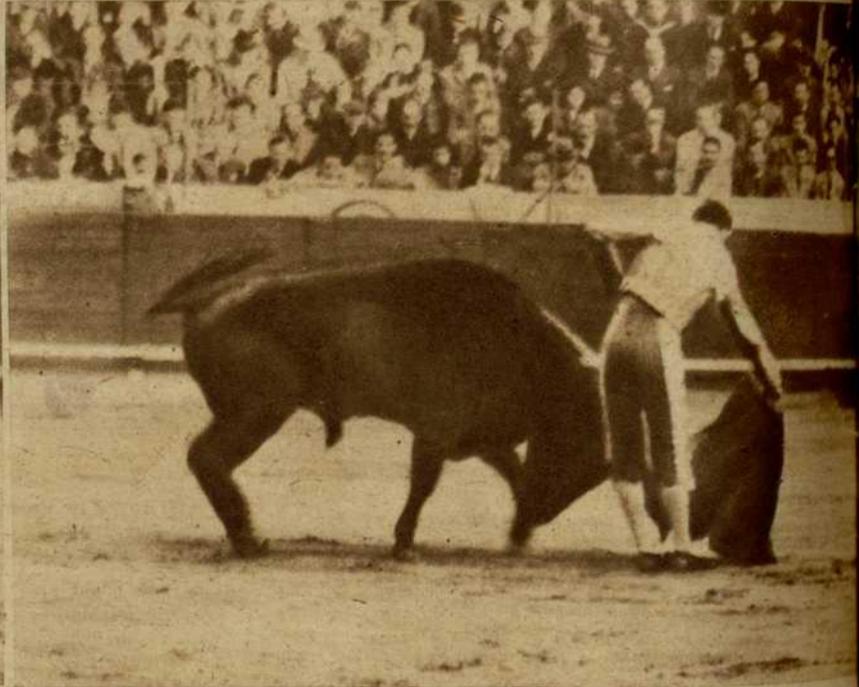


Las cuadrillas hacen el paseo. Uno de los matadores, Palacios, que se presentaba en la Monumental, es el que desfila montera en mano. En la Plaza no había demasiada gente

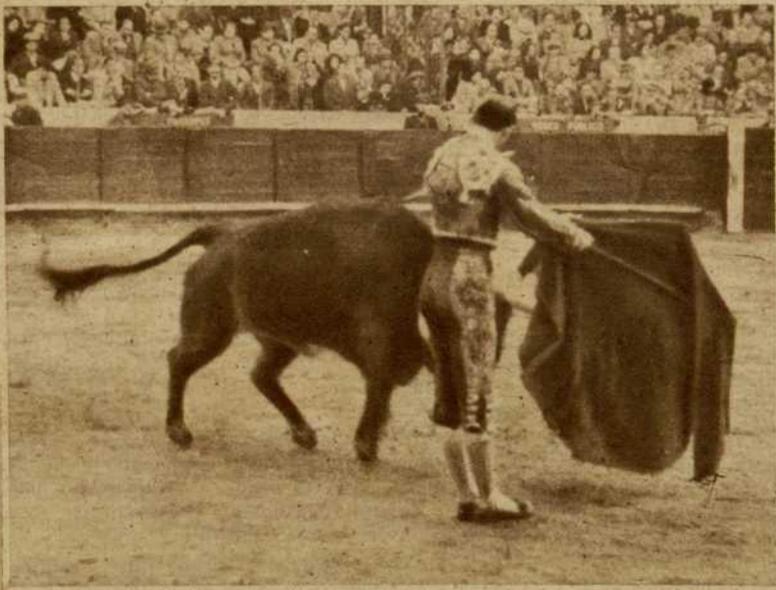
Manolo González lancea a su primo, con los pies juntos



Con la muleta, Manolo González carga más la suerte en este natural con la izquierda



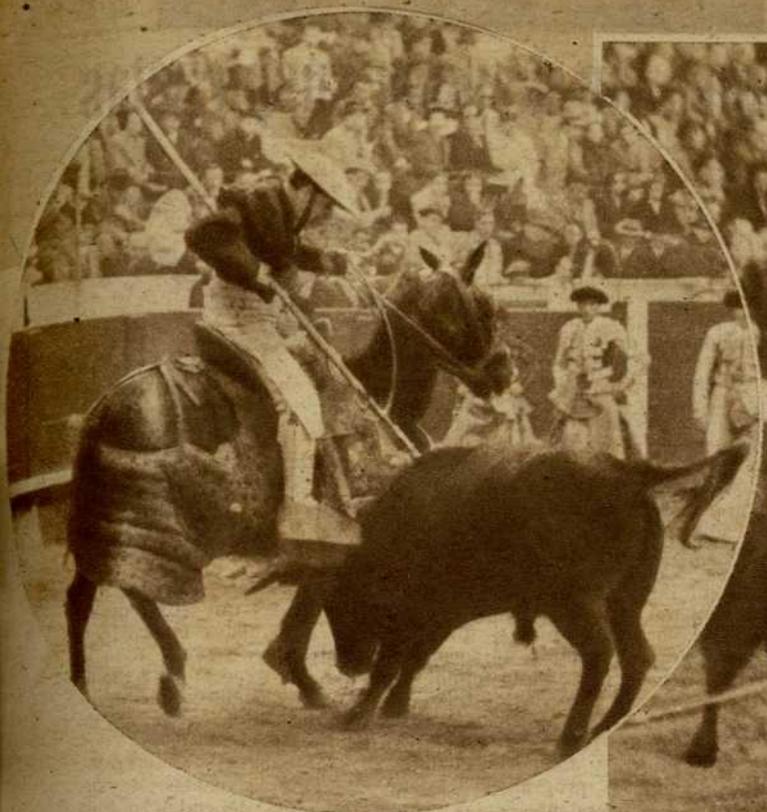
Un pase con la derecha, de Manolo González



Paquito Muñoz en un ayudado por alto

Muñoz torea con la diestra y no alcanza el éxito por estar desafortunado con el estoque





Un puyazo de Angulia

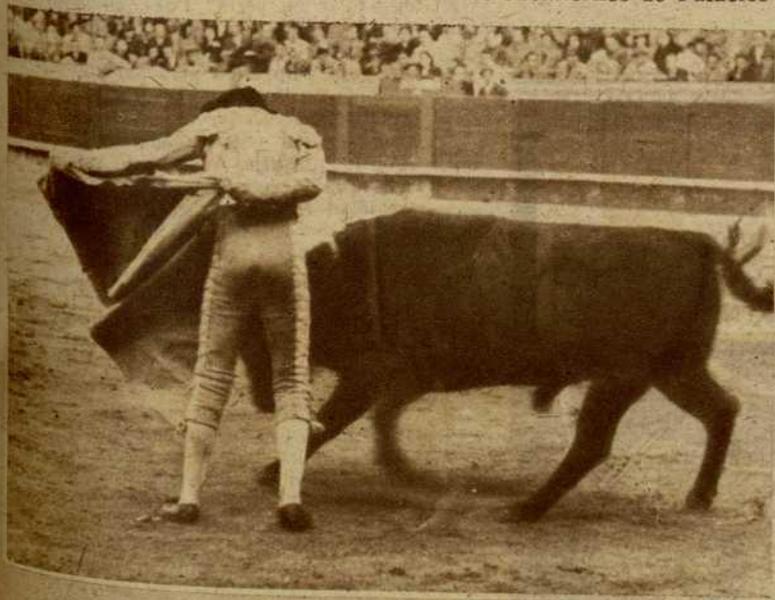


El novillo derriba al caballo y el picador se salva como puede



Primer tiempo de la cogida del debutante Palacios

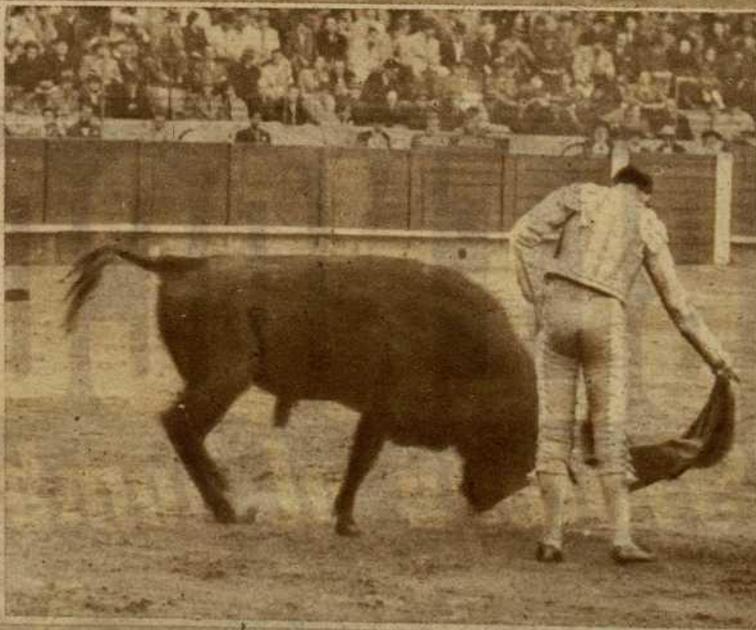
El toro ha perdido su presa al acudir los subalternos de Palacios al quite



Un lance de frente por detrás de Pepe Palacios

Palacios, toreando de muleta al último de la tarde

(Reportaje gráfico de Valls)



El Chepa de Quismondo



El Chepa de Quismondo

UN día, hace unos años, en la taberna, tan taurina, de Antonio Sánchez, éste me presentó a un hombrecito corto de talla, tarado por una corcova. "Aquí tienes al Chepa de Quismondo, que quiere ser torero y que dentro de unos días va a torear en la Plaza de Madrid." El jorobadito me alargó su mano. "Sí, señor, quiero ser torero; tengo mucha afición y no creo que me falten condiciones." Ni Antonio Sánchez ni yo nos reímos. Reflejaba su cara tal fe, tal convicción de que lo que decía era verdad, que hubiera sido miserable crueldad mofarnos de su ilusión. Al contrario, le animamos, le hablamos del Chepa de Carabanchel, que, pese a su defecto físico, toreó buen número de novilladas.

"¿Irá usted a verme? —me dijo el infortunado—. Toreo el domingo por la mañana en una becerrada." Y fui. El Chepa de Quismondo estuvo bien, muy valiente, y en algunos momentos, con la muleta, muy torero. Y mató su becerro. Y le diere la oreja. Un poco en chufia, claro. Pero hasta él no llegaban las risas. Vestido, amentablemente, con un terno encarnado y oro, dió la vuelta al ruedo. Se sentía un torero. Por la noche, en la taberna, me explicó: "No pude hacer todo lo que llevo dentro. Estoy desentrenado. Además, era un becerro. Yo quiero torear toros. No me dan miedo. ¡Si alguien me ayudara!" Le intenté alguna contrata. Fracásé. Pero hablando con don Ignacio Zuloaga, me atreví a decirle: "¡Qué estupendo retrato podría usted hacer del Chepa de Quismondo!" El gran pintor accedió a conocerle. A los pocos meses, el retrato estaba hecho. Portentoso retrato, que el inolvidable don Ignacio exhibió, junto con otro de Antonio Sánchez, en la taberna de éste. Su última Exposición, que obtuvo un éxito clamoroso. El Chepa de Quismondo no se apartó un momento de junto a su cuadro los días que estuvo abierta la Exposición. Allí se veía, vestido de torero, admirado por todos.

Dejémosle hablar a él en una carta que me escribió, patética, magnífica carta, que conservo, llena de una melancolía y de un candor impresionantes: "Y, por fin, el cuadro de don Ignacio Zuloaga, y ya está el Chepa encumbrado, su nombre en los periódicos, en la radio. Por todo el ámbito de la tierra se habla del Chepa de Quismondo, y ya tenemos reflejado lo tétrico y glorioso del Chepa de Quismondo." Dudo que la mejor cortada pluma sepa expresar una tragedia íntima con menos y más expresivas palabras. Añadía a renglón seguido: "No sé qué concepto tendrá usted formado de mí; pero, sea cual fuere, puede tener la seguridad de que para el mundo taurino se está malogrando un artista cien por cien, que espera, deshecho de impaciencia, el momento, si algún día llega, de poder demostrar lo que soy capaz de hacer a los toros hechos y derechos."

¡Hechos y derechos, oh infeliz Chepa de Quismondo! Ese día no ha llegado. El Chepa de Quismondo ha muerto. Se llamaba Antonio Rodríguez. Me honré con su amistad. Era un hombre bueno, resignado, de un dulce carácter, de un mirar hondo, triste, pero sin rencor. Un soñador con los sueños rotos. Leed con amor este párrafo de su carta: "Hijo de una familia de labradores, hasta los seis años crece fuerte y robusto; a esa edad, un accidente tuerce su fisonomía de la vida, y ya a partir de este momento empieza a ser el Chepa de Quismondo."

Estoy seguro de que Antonio Rodríguez era un artista. ¡Cuántas noches, allá en la taberna, me hablaba quedito, con una voz suave, de su arte! De un arte para él imposible, pero que él sentía latir, sin que su corcova pudiera deformarlo; de un arte que algunos —¡verdad, Antonio Sánchez! verdad, Antonio Berdegue!— pudimos entrever aquella mañana entre la bullanga y la rechiffa de la becerrada; de un arte que no pudo nacer, porque murió en aquel accidente, murió en aquel momento en el que Antonio Rodríguez empieza a ser el Chepa de Quismondo.

¡El Chepa de Quismondo no podía matar toros hechos y derechos! Y Antonio Rodríguez sólo podía soñar con la gloria. Y como todo el que tiene fe, fe firme y buena, el Chepa de Quismondo la alcanzó. El Chepa de Quismondo se sintió admirado por millares de ojos en aquella exposición de su retrato, en aquel cuadro que un pintor genial le hizo para que su nombre y su efigie pasaran a la posteridad.

Con las palabras enternecedoras de Antonio Rodríguez terminaré: "Ya tenemos reflejado lo tétrico y glorioso del Chepa de Quismondo." Termino con ellas la emoción de mi recuerdo, la pena de su muerte. ¡Que la gloria del cielo cobije su alma pura, como la gloria de la tierra acompañará su cuerpo impuro!

ANTONIO DIAZ-CARABATE

La sinrazón de unas suspicacias



TENGO noticia de que mi reciente "vistazo" a la temporada taurina que está encima —si Dios autoriza que las lluvias (por otra parte, tan benéficas) cedan, para que los ruedos estén secos y las tardes despejadas— ha producido algún ligero resquemor, ya que no contrariedad, porque aludía a la expectación que despierta el anuncio de que determinado diestro, de notoriedad fulgurante y categoría indiscutible, piensa actuar y poner su nombre en los principales carteles. Esto, naturalmente, detiene la organización de algunas combinaciones y supone una pausa en los trabajos. La molestia nace —y no quiero replicar a la posible razón de que ella exista— de la suposición de que yo entienda que sólo ese torero interesa. Nada más lejos de mi ánimo y de mi intención que una afirmación de esa clase. Es más: no tengo inconveniente en reconocer que hay otros espadas que suscitan un interés tan notorio como aquél, y que, mientras llega, para los carteles inmediatos se barajan nombres, se formalizan contratos y se hace todo lo que es preciso. ¡Bien! Pero, ¿ello impide que exista la expectación? Siempre pasó lo mismo. En esto de los toros, por muchas vueltas que queramos darle a las cosas, no se inventa nada nuevo. "Nihil novum..." En todos los tiempos hubo figuras descolantes que fueron clave de las combinaciones, base de los abonos —cuando se mantenía esta interesante forma de combinar los programas—, y de sus idas y venidas, de sus decisiones, de los apartamientos o las reincorporaciones dependió en mucho la marcha de las temporadas y el sesgo que tomaran los festejos. No hay nada nuevo, en rigor. Y decir que la llegada y ya casi segura participación de ese diestro, hoy lejos de España, tiene una singular trascendencia para determinar el cariz que la temporada inminente haya de tomar, no creo que sea ninguna afirmación separada de las lógicas realidades.

Aparte de lo que queda dicho, que es una síntesis de la situación y una reiteración de lo que ocurrió toda la vida, estimo que la espera, la curiosidad y el interés que pueda producir el retorno de una figura máxima, con la esperanza de que ella se incluya en los carteles en preparación, es algo que beneficia a todos. Lo peor que le puede ocurrir a la Fiesta —y es innegable que en ese trance hemos estado más de una vez— es que marche por sendas oscuras y con perspectivas cegadas. Hemos pasado por épocas de lamentable atonía. La falta de emoción y de interés es un mal síntoma. Las gentes se retraen; los espectadores acuden en menor número y con mayor desgana a los cosos. El perjuicio alcanza a la totalidad de los que viven de las corridas de toros. Si la Fiesta es pasión, calor, polémica, competencia y lucha, no ha de referirse este estado de los espíritus exclusivamente a los públicos que en las gradas discuten o se aburren. Es en los aledaños, en las tertulias, en las peñas taurómacas y en la misma Prensa donde interesa que permanezca un estado noblemente pasional, índice de la mantenida inclinación de millares de aficionados, cuya asiduidad y deseo no deben decaer. ¿Que la venida del torero que decide mayores choques y determina más violentas disputas no interesa? Pues ya podemos decir que los demás sufrirán las consecuencias, porque ello será signo indudable de haber entrado nuevamente en la situación mustia, en el letargo, lo que en otros tiempos —no muy lejanos, ciertamente— caracterizó a la afición.

Con estas mismas suspicacias, que justifica un partidismo explicable, sin el cual a la Fiesta le faltaría gracia y salsa, se acredita que hay pulso, que la pasión subsiste. Y ello no implica apreciación en demérito para nadie, ni postergación en las calificaciones que cada cual es dueño de formular como su criterio o sus preferencias le dicten. Hay muchos y muy buenos toreros. Hay figuras que se acercan, por valor, por dominio y por arte, a la que hoy se sitúa indiscutiblemente en la cumbre. Las hay que siguen una rápida y brillante trayectoria, y si no llegaron todavía a las cimas deseadas, andan cerca de escalarlas. Cada uno tiene su sitio. El público, supremo juez, es el que los decide. Y lo que hoy es de una manera, mañana podrá ser de otra distinta. Pero no tiene duda que si Gayarre viviera y cantase como cantó, los empresarios de ópera estarían pendientes de sus decisiones para hacer las campañas. ¿No es esto, en toda manifestación de arte, lo que ocurre cuando se está en el número uno de las escalas? ¿Vamos a hablar en serio? Pues, en serio, la croniquilla en que yo aludía a esas expectativas y deseos no era más que una impresión personal ante la llegada de la temporada de 1947. Si estaba equivocado, mejor para los que se han enfurrinado un poco por lo que dije. Y si no lo estaba, ¿es que el remachar lo que ya es realidad va a cambiar en más o en menos las cosas? No seamos pueriles.

Los empresarios y los hombres de negocios hacen sus preparativos y gestionan lo que les conviene —o esperan y demoran sus decisiones— por su cuenta y riesgo, y la modestísima opinión de un cronista —que, en todo caso, no ha aconsejado ni ha censurado, sino que simplemente ha dado una visión suya, personal, de las perspectivas— no influye en aquellos señores —mayores de edad no sólo por la que tienen, sino en sus asuntos profesionales— absolutamente para nada.

FRANCISCO CASARES

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



“Los toreros españoles en Méjico, salvo alguna excepción, estábamos conformes con la actuación de la Junta”, dice el Choni a su regreso

“Me deben dos corridas firmadas, y la Unión se ha desentendido de mi derecho al producirse la ruptura”

JAIME Marco tiene un aire de torero trágico, algo así como si se le grabaran en su rostro todas las cosas profundas que el toreo tiene, por una predisposición de su sensibilidad, y, en cambio, dejara ir lujos y vanidades de la Fiesta. Yo he tenido ocasión de observarle en una charla mantenida con él a su regreso de Méjico, y me ha parecido ver en el Choni un torero ejemplar en el actual momento político-taurino, sin que él recoja de sí más que la resignación por la quebradura de lo que ha podido ser su momento cumbre artístico y económico, percance de tan malas consecuencias como la cogida misma. En realidad, el pleito taurino hispano-mejicano era un toro que tenía que coger a alguien... El Choni ha sido uno de los alcanzados. Veamos cómo:

Ante él y su opcederado, don Cristóbal Becerra, yo me atrevo a preguntar:

—Usted, Choni, ha sido uno de los toreros españoles más perjudicados por la ruptura del convenio. Sabemos en España que usted tuvo un éxito grande en la primera corrida toreada, y que ese triunfo iba a ser el primero de una serie de ellas que ya tenía contratadas...

—Efectivamente; mi presentación en Méjico fué todo lo feliz que yo soñara. El público allí es muy exigente con los toreros españoles, y a mí me recibió con muestras que yo no olvidaré nunca. Mi éxito de público y de crítica fué grande. Yo esperaba haber corroborado esta impresión, y hasta haberla mejorado, pero...

—Llegaron las lluvias...

—Yo tenía dos corridas contratadas. Cuando empezaron las negociaciones entre la Junta Sindical de Madrid y la Unión de Matadores de Méjico, se suspendieron nuestras actuaciones, como es sabido; mas como yo tenía contrato firmado, quise hacer valer mis derechos. La Unión me dió la razón y me apoyó, obligando a la Empresa a que me pagara; ésta, sin embargo, me dió largas, dejó transcurrir tiempo, hasta que en este toreo a un torero llegó la ruptura del convenio. Entonces, no sólo se negó la Empresa a pagarme, sino que la Unión se desentendió del asunto. En carta que poseo me reconocía los derechos, y hasta prome-

tía apoyarme si el pleito se resolvía algún día; pero en el momento actual, y dado el cariz de las cosas, no quería intervenir. Así se ha portado la Unión con uno de sus asociados, a quien reconoce toda la razón.

—Pero, en realidad, ese asunto se sale de la órbita taurina, para ser puramente jurídico...

—Por eso he hecho la denuncia y he puesto el asunto en manos de un abogado.

—Al margen de este incidente, un poco particular, aunque consecuencia de la ruptura del convenio, ¿cuál ha sido, en realidad, la postura de los toreros españoles en Méjico?

—Casi en absoluto, de acuerdo con el Sindicato español.

—¿Quién es el «casi»?

—Pues el «casi» es quien puede estar al margen de cualquier convenio; pero como a la mayoría de los toreros españoles nos favorece lo que el Sindicato nuestro pedía en legítimo deber, más que en legítimo derecho, nuestra postura es clara.

—Pues esto que usted me dice, Choni, es muy interesante, porque aquí no se ha interpretado bien la conducta de ustedes allá. Se ha hablado de divergencias entre los toreros españoles, y veo que no existen. Sin embargo, hay algo que pudiera usted aclarar: ¿Cómo estando de acuerdo con la propuesta del Sindicato hicieron ustedes una propuesta o contrapropuesta después de aquella reunión en casa de Manolete, cuando la Junta nuestra les autorizó para una función de enlace con la Unión? Aquella nueva proposición parecía hecha por mejicanos más que por españoles...

—Pues no, por una razón: los primeros que no la quisieron fueron los de la Unión.

—Entonces, ¿por qué la hicieron, si tampoco era el espíritu de la revisión que pretendía la Junta?

—La hicimos porque era expresión de lo que nosotros necesitábamos en ese instante. Queríamos salvar la temporada...

—¿Verdad que a ustedes les ha tronchado la temporada la Unión y no el Sindicato?

Interviene Becerra:

—Tan verdad como que la temporada empieza en España y termina en Méjico. La revisión del convenio se entendía para la nueva temporada. Si la Unión ha querido llevar



Jaime Marco, el Choni

las cosas a término antes del verdadero término, culpa suya será. No creo que haya torero español tan ciego o tan egoísta que piense sólo en que le han perjudicado en sus intereses, sin analizar dónde está la culpa.

—Y usted —digo, dirigiéndome al Choni—, que conoce bien las razones mejicanas, ¿cuál es la máxima que justifique su punto de vista?

—La rigidez suya es un poco inexplicable. Quizá esté basada en el criterio económico de que los toreros cobran más en Méjico que en España, y así entienden la reciprocidad, no de otra manera, porque Domingo Ortega llegó a decirles, en el colmo de la libertad y la concesión, que si querían reciprocidad, ahí estaba la propuesta de la igualdad de puestos: tantos toreros españoles en carteles de Méjico, tantos toreros mejicanos en carteles de España, y no quisieron.

La conversación con el Choni no puede producir más que ánimo y confianza en la labor de la Junta sindical. Un torero como él, que en el momento mismo de su triunfo en Méjico, y cuando necesitaba prolongarle y aprovecharlo, ha salido perjudicado por la ruptura, y, sin embargo, ve la razón nacional y no el trastorno momentáneo, es algo que refuerza una postura oficial. Pero ya se ha hablado bastante del pleito. El convenio está roto. Ha empezado la temporada en España, y al primer tapón, tres toreros españoles han cortado orejas, mientras otros varios se preparan a armar el alboroto en las próximas corridas falleras. A tal efecto, conviene recoger esas declaraciones de los fenómenos, de que el verdadero problema está en arrimarse al toro. Pero esto es lo que quieren los toreros españoles, TODOS los toreros españoles, y, por tanto, el Sindicato, que es su organismo representativo. Ante el toro, el problema es grande, es verdad; pero es que antes había otro problema: el de vestirse de luces. Y de esto es de lo que se trataba. Luz en las luces.

E. G. V.



En una de las principales salas de fiestas de la capital mejicana, el Choni es invitado al micrófono para pronunciar unas palabras



El Choni con el actor cinematográfico Gilbert Roland

El retrato de Lalanda, por el pintor Mariano de Cossío

RARA vez, en este bullir por el mundo del arte —del arte pictórico taurino en este caso—, tropezamos con la elegancia y el aristocratismo del retrato: Romero de Torres, el mago ensañador de los asultanados modelos femeninos, el pintor más honda y racialmente hispanista, hizo un día un famoso retrato a Juan Belmonte. También el pincel maravilloso de Zuloaga recogió en distintas ocasiones el perfil y la estampa del diestro sevillano antes de decidirse a hacer los retratos de Rafael Albaicín y de Domingo Ortega. Daniel Vázquez Díaz pinta, aparte de no pocos toreros de otros tiempos —Mazzantini, Lagartijo y Frascuelo—, un doble retrato de Belmonte. Y Mariano de Cossío, que es el pintor que hoy nos ocupa, realiza en 1933, por encargo y para un Club taurino de Valladolid, el casi desconocido de Marcial Lalanda. Curioso por conocerlo, hemos llegado a averiguar que es el ilustre poeta Adriano del Valle su actual propietario. Y a su casa hemos ido, no sin cierta admirativa complacencia, sin saber que el hogar del poeta rebosa de cuadros por todas partes: en el salón, en el pasillo, en el comedor, en las alcobas... Cuadros antiguos y modernos —Fortuny, Rosales, Esquivel, Sorolla...—, hermanados con profusión de esculturas y de libros. En dos sillas del salón, como durmiendo pasados entusiasmos, dos trajes completos de torero. Es la casa —ya se ha dicho— de un poeta, y el celebrado autor de "Arpa fiel" sabe en todos los detalles hacer honor a su sensibilidad exquisita. El escritor y periodista a la vez, el crítico de este sector taurino, no muy divulgado, del arte, al enfrentarse con este retrato del diestro Marcial Lalanda, no ha sabido qué apreciar más, si la bondad de la técnica o la belleza inigualable del colorido. No estamos, no, ante un retrato cualquiera. Mariano de Cossío, con más méritos de los que conoce la gente, es un pintor que ha bebido en las mejores fuentes del arte, y fiel con los principios que trazaron la iniciación de su carrera, nos ofrece con este retrato el más bello y lucido exponente de una pintura que, siendo moderna, sujetándose a los cánones evolucionistas del arte, ha sabido conjuntar ese academicismo clasicista, perfectamente delimitado, de los que no olvidan los orígenes y esencias más fundamentales del buen arte de la pintura. Porque este retrato de Marcial Lalanda es todo un estudio acabado y perfecto de las gamas, de los juegos de luz y del color. No hay —permítasenos la frase— estridencias colorísticas. Todo él conserva una armonía, donde el oro, bellamente desafiado, no contrasta en extremo con ese color celeste, empalidecido, de la seda del vestido. Es un oro opaco, un oro viejo, sin refulgencias, que no resaltará demasiado junto a esa suavidad azul que no rompe, que no puede romper, la quieta serenidad de nuestra retina. Tal vez una de las cosas mejor logradas en ese limpio juego del color con que Mariano de Cossío revalida su aguda sensibilidad artística sea ese forro del capote de paseo que se pliega y arruga en la caída desde la rodilla y en los pies, uno oculto, del famoso diestro

taurino. El pintor no ha elegido tampoco aquí el color detonante e hiriente, sino que, fiel a esa sensibilidad, a esa suave armonía que permite la placidez óptica, ha dado a la seda el suave y fresco color lila. Y así, los brillos o las opacidades, según el efecto de la luz, desprovistos de todo cromatismo, que en algunos momentos puede ser oportuno, tienen esa efectividad, esa palpable sensación de la cosa corpórea, que, a decir verdad, no daña el mérito artístico de la pintura.

Se ve en este cuadro que al pintor le domina la atracción absoluta, sin mixtificaciones, del retrato, por cuanto, situando al modelo como sentado en el estribo o escalón de la barrera, a la misma altura, no lo hace en el estribo mismo, sino en una especie de camaturca, donde el blanco y los grises juegan a

la difícil expansión de las armonías. Tal vez el autor ha huido del peligro de un cuadro de género. Así, tal y como se ve, entra de lleno en la órbita poderosa del retrato. Quietos, sin hablar, hemos estado un largo rato contemplando este cuadro. Bien mirado, hay una gran sinceridad en este lienzo, en la técnica hábil y perfecta con que Cossío lo ha realizado. Nada hay en él de falso, de convencional y de buscados efectismos. El artista no se excedió en el uso y abuso de la pintura, que usó con determinadas restricciones. Dejó que toda ella acariciara suavemente y con limitaciones la tela, sin que el pincel, borracho por su propio éxito, pasara dos veces por el mismo sitio, y menos aún que se detuviera. La obra salió sin vacilaciones, de primera intención. Cuando, tras la emocionada, admirativa y extática contemplación, vuelvo en mí, el sol dora una copa del mejor coñac, mientras los versos del poeta, de este gran Adriano del Valle, trazan en mis oídos el perfil, saturado de arbores, del gran vate andaluz Gustavo Adolfo Bécquer, en la más sentida y ferviente de las elegías.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Marcial Lalanda», retrato por Mariano de Cossío. (Cuadro propiedad y de la colección particular del gran poeta Adriano del Valle.)



La siesta en el campo



El pelo de los toros: Jabonero